

emperador Marco Aurelio parafrasea y combina las palabras de San Juan relativas al Verbo divino: "El Hijo de Dios es el Verbo del Padre... Todas las cosas han sido hechas por él¹¹".

De Meliton, otro apologista de esta época, no poseemos más que algunos fragmentos: uno de ellos supone incontestablemente el conocimiento del cuarto evangelio. "Jesús siendo a la vez Dios y hombre perfecto, ha demostrado su divinidad por medio de sus milagros en los tres años que siguieron su bautismo y su humanidad en los treinta años precedentes¹²". Pues bien sólo por la narración de San Juan ha podido Meliton evaluar así la verdadera duración del ministerio público de Nuestro Señor Jesucristo¹³.

Apolinar, obispo de Hierápolis, compuso hacia el año 170 un escrito relativo a la celebración de la Pascua. Aludiendo a la divergencia de sentimientos que existía desde entonces entre los intérpretes a propósito del día en el que el Salvador había comido el cordero pascual¹⁴, afirma que los evangelios no podrían estar en desacuerdo los unos con los otros; y es bien evidente para cualquiera que conozca la cuestión, que por las palabras "los Evangelios no concuerdan" hay que entender por una parte los sinópticos y por otra a San Juan. Apolinar¹⁵ designa además a Jesucristo con esta perífrasis, que recuerda evidentemente el cuarto evangelio (Joan. XIX, 34): "Aquel cuyo sagrado costado fue atravesado y que ha derramado agua y sangre".

Algunos años antes Tatiano componía su celebre "Diatessaron", donde se encontraban combinados conjuntamente nuestros cuatro evangelios canónicos y que comenzaba con estas palabras de San Juan: "En el principio era la Palabra". En su Discurso a los Griegos, cita varios otros textos del discípulo predilecto. "Seguid al único Dios, por el que todas las cosas han sido hechas y nada ha sido hecho sin Él". "Es pues lo que se ha dicho: Las tinieblas no acogen la luz".

Tatiano había tenido como maestro a San Justino, mártir, que vivía a la mitad del siglo segundo, a pesar de ellos y después de discusiones altisonantes, los racionalistas se han visto obligados a reconocer que este padre rinde homenaje a la autenticidad del evangelio según San Juan. Los pasajes siguientes son en efec-

to préstamos evidentes. “El Verbo que estaba con Dios cuando al principio creó todas las cosas por él”. Apol. II, 6. Cf. Joan. I, 3. “El primer poder ante Dios... es el Hijo, el Verbo, que habiendo sido creado de una cierta manera, se hizo hombre”. Apol. I, 45. Cf. Joan. I, 14. “Jesús es llamado hijo único del Padre”. Dialog. c. Tryph. c. 105. Cf. Joan. I, 18. “Y (Juan Bautista) gritaba: Yo no soy Cristo, sino la voz del que grita”. Dial. c. 88. Cf. Joan. I, 21-23. “Con toda razón se ha reprochado a los Judíos, por el espíritu los Profetas, y por el propio Cristo, el no reconocer ni al Padre ni al Hijo”. Apol. I, 63. Cf. Joan. VIII, 19 y XVI, 3. “Cristo ha dicho: si no nacéis de nuevo, no entrareis en el reino de los cielos. Pues bien, es evidente que es imposible que una vez nacido uno pueda entrar en el seno de su madre”. Apol. I, 61. Cf. Joan III, 3-4. Y otros diez pasajes análogos.

La epístola a Diogenetes, anterior quizá a San Justino, contiene también diversos fragmentos que no pueden ser más que ecos del cuarto evangelio. Por ejemplo: “Dios ha amado a los hombres, a los que ha enviado a su único Hijo”. “Los cristianos no son del mundo”.

Sigamos remontándonos y aproximándonos cada vez más al primer siglo. Llegamos a los Padres apostólicos, cuyos testimonios tienen para nosotros un valor aun mayor. Entre los años 160 y 100 encontramos también trazas manifiestas de la creencia en el origen apostólico de nuestro evangelio.

Papías a quien San Ireneo¹⁶ nos presenta como oyente de San Policarpo, y como amigo de San Ireneo ¿sería mudo sobre el evangelio de su maestro, tal como lo pretenden nuestros adversarios? No, ciertamente; porque dice formalmente Eusebio¹⁷: “citaba (como parte integrante de la Biblia) la primera epístola de San Juan”. Ahora bien está admitido hoy día que esta epístola es inseparable del cuarto evangelio. Diversos detalles de los “comentarios de las palabras del Señor” de Papías sobre todo la expresión “la verdad misma” para designar a Nuestro Señor Jesucristo¹⁸ son reminiscencias ciertas de San Juan. Finalmente, aunque relativamente tardía, la siguiente inscripción, descubierta en un manuscrito del Vaticano, es de la mayor importancia para el asunto que nos ocupa: «El evangelio de Juan fue manifestado y transmitido a

las Iglesias por Juan todavía en vida; como Papías, llamado Hieropolitanus, querido discípulo de Juan transmitió en sus comentarios a los exotéricos, es decir los últimos cinco libros. Escribió el evangelio al dictado de Juan¹⁹. Sin embargo el herético Marción²⁰, habiendo sido condenado por el mismo, porque opinaba lo contrario fue rechazado por Juan». La tradición consideraba pues como una cosa imposible que Papías no hubiera conocido la obra principal del discípulo predilecto (Ver Padres Apostólicos, BAC. p. 884).

Al lado de Papías, San Ireneo menciona a los “mayores” de la provincia eclesiástica de Asia Menor que pertenecían también ellos a la segunda generación cristiana. Cita incluso varias de sus palabras; pues bien, una de ellas está tomada textualmente de San Juan: “Por este motivo ellos enseñaban que el Señor había dicho: Hay muchas moradas en la casa de mi Padre”.

San Policarpo es para nosotros, por sus relaciones personales con San Juan, otro testigo decisivo. En efecto, según sus propias palabras, “había sido asociado a los apóstoles en Asia, y colocado a la cabeza de la iglesia de Esmirna por aquellos que habían sido los testigos oculares y los ministros del Señor”. Martirizado a la edad de ochenta y seis años, hacia el 155 ó 156, según la fecha que hoy día es generalmente adoptada, vivió en Asia durante la mayor parte de la estancia que tuvo allí el apóstol San Juan: fue pues como un lazo viviente entre las dos primeras generaciones. Este detalle es capital para la cuestión que tratamos: no ha habido interrupción entre San Juan y nosotros, la tradición es absolutamente segura. Sin embargo, San Policarpo no menciona nuestro evangelio de una manera directa; sino que, como Papías, muestra igualmente que lo conocía, puesto que cita la epístola que fue por así decirlo la introducción y dedicatoria. “Cualquiera, -dice en su carta a los Filipenses-, que no confiese a Jesucristo encarnado, no es de Dios, es un anticristo”. Comparad I Joan. IV, 3.

Y si el testimonio de los discípulos inmediatos de San Juan no bastara, tenemos todavía otras pruebas. El Pastor de Hermas, cuya aparición se suele situar entre los años 140 y 150, tiene varios puntos de contacto tanto con la primera epístola de San

Juan como en el evangelio. Jesús es denominado “la puerta de Dios, la única entrada que lleva al Señor” (Sim. IX, 12. cf. Joan. X, 7; XIV, 6). Los pasajes Joan. XIV, 21; XV, 10; XVII, 8 están también representados allí; más aún, Keim reconoce que “la terminología de “Pastor” recuerda a menudo el cuarto evangelio”.

Las epístolas de San Ignacio que datan ciertamente de la primera mitad del siglo segundo, y quizá del año 110, atestiguan también que en esta época el cuarto evangelio ya existía. La de los Romanos, c. 7, contiene el siguiente pasaje: “El agua viva, que habla dentro de mí, me dice: Ven al Padre. Yo no me deleito en el alimento de la corrupción, ni en las alegrías de esta ida: yo quiero el pan de Dios, el pan celestial, el pan de la vida que es la carne de Cristo. Yo quiero la bebida de Dios, su sangre que es el amor incorruptible y la vida eterna”. ¿No tenemos aquí una doble reminiscencia? Joan. IV, 14: “El agua que yo te daré se hará dentro de ti una fuente que salte hasta la vida eterna; Joan VI, 56: “Yo soy el pan de la vida bajado del cielo; mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida”.

La epístola a los de Filadelfia, c. 7 se expresa en estos términos: “el espíritu no se pierde, porque es de Dios. Sabe de donde viene y a donde va y condena las cosas ocultas.

¿La alusión a Joan III. 8, 20 y XVI, 8 no es transparente? Comparad también Joan X, 9 y estas otras líneas de la misma epístola: “(Jesús es) la puerta del Padre, por la que entran Abraham, Isaac, Jacob, los apóstoles, los profetas, la Iglesia”.

En breve, Hilgenfeldt que no es fácil de convencer en semejante materia admite que “la teología entera de las cartas de Ignacio reposa sobre el evangelio de Juan”.

¿Se puede decir otro tanto de la epístola de San Bernabé, compuesta hacia el año 96? Sí, según los mejores críticos y según algunos de nuestros adversarios, al ser tan sorprendentes las semejanzas. Así, en el capítulo XII, 5 el autor parece que no ha podido sacar más que de San Juan III, 14-15 la comparación que establece entre la serpiente de bronce y la crucifixión de Jesús. Las expresiones características recuerdan por completo el estilo del cuarto evangelio.

Finalmente, podemos apoyarnos sobre la carta dirigida a

los Corintios por el papa San Clemente en la misma época en la que aparecía el evangelio según San Juan. Recoge locuciones que no pueden explicarse tampoco más que por un parentesco muy íntimo entre los dos escritos. Por ejemplo, las palabras “Dios verdadero y único” (XLIII, 6. cf. Joan. XVIII, 3).

Así pues nada más claro, nada más explícito que el testimonio de la iglesia antigua respecto al autor del cuarto evangelio. Múltiples voces se suceden a intervalos frecuentes y remontándose hasta la época en que este escrito sublime fue compuesto, pronuncian el nombre del apóstol San Juan o lo suponen, o este argumento es infalible o la traducción es una palabra vacía de sentido.

B. La tradición heterodoxa viene por lo demás a confirmar, como para los otros evangelios, el resultado que hemos obtenido. Se divide aquí en tres ramas, según que represente los círculos judaizantes, los círculos gnósticos, el círculo pagano. Heréticos y paganos venían a buscar en el evangelio según San Juan una pretendida base para sus ataques o para sus variados errores.

En el “Testamento de los doce Patriarcas” que es evidentemente anterior al año 135 encontramos varias expresiones que están ciertamente sacadas de nuestro evangelio: “luz del mundo, el espíritu de la verdad, unigénito, Dios encarnado, Cordero de Dios, fuente para la vida de toda carne”.

Las Homilías Clementinas citan fragmentos incompletos, aparte de alusiones más rápidas en número de quince: “El verdadero profeta ha dicho él mismo: Yo soy la puerta de la vida: el que entra por mí entra en la vida... Mis ovejas escuchan mi voz”. “A los que le interrogaban y le preguntaban: ¿Es éste el que ha pecado o sus padres, para que haya nacido ciego? Nuestro Señor respondió: No es él quien ha pecado, ni sus padres sino para que se manifieste el poder de Dios”. Este extracto importante de la historia del ciego de nacimiento, no ha sido descubierto hasta 1.853 por Dressel, en un manuscrito del Vaticano. Ha arrancado esta preciosa confesión a Hilgenfeld: “El evangelio de San Juan es empleado sin escrúpulo, incluso por los adversarios de la divinidad de Cristo, tal como seudo-Clemente, el autor de las “Clementinas”.

Pasemos a los partidarios de la Gnosis. Ellos también durante la primera parte del siglo segundo, hacen un uso casi continuo del evangelio según San Juan. Es el caso de los Ofitas, que el autor de "Philosophumena" señala como la secta gnóstica más antigua. Ellos citaban sobre todo este pasaje: "El Salvador ha dicho: Si tú supieras quien te hace esta pregunta, tú mismo te dirigirías hacia él y él te habría dado a beber el agua viva". ¿Quién no reconoce aquí a Joan. IV, 10, 14? Es el caso del famoso Basilides, muerto según San Jerónimo, hacia el año 131. En sus comentarios evangélicos, de los que "Philosophumena" nos han conservado paralelamente algunos pasajes, se leía: "Esto es lo que se dice en los evangelios: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre... que cada cosa tenga su propio tiempo; es lo que el Salvador declara suficientemente en estas palabras. Mi hora no ha llegado todavía". Es el caso del no menos famoso Valentín y sus discípulos Ptolomeo, Heracleon, Teodoto, que cuando intentaban desfigurar la obra del discípulo predilecto para hacerla favorable a sus doctrinas, en absoluto pensaban que contarían un día entre los mejores apoyos de su autenticidad. San Ireneo ha escrito unas hermosísimas palabras sobre este asunto: «Tan grande es la certeza respecto a los evangelios que hasta los herejes dan testimonio de ellos y cada uno de ellos intenta ratificar su doctrina a partir de ellos mismos. Los que son seguidores de Valentín haciendo uso muy abundante del evangelio según San Juan para la demostración de sus uniones de eones (o "sicigias")... Por consiguiente cuando aquellos que nos contradicen presentan este testimonio y lo utilizan, es firme y segura nuestra demostración» (Contra las Herejías III, 11,7).²¹

Los raros fragmentos que San Hipólito nos ha conservado de los escritos de Valentín, confirman maravillosamente las palabras de San Ireneo: «haciendo uso muy abundante». "Dice: Todos los profetas y la ley han hablado según el demiurgo, el Dios insensato; por ello el Salvador dice: Todos los que han estado antes de mí, son ladrones y bandidos²²". La apelación "príncipe de este mundo" que designa varias veces al demonio en el cuarto evangelio, era también empleada por Valentín²³. En cuanto a Ptolomeo, tenemos de él testimonios aún más expresivos, porque, por una parte, anuncia que Jesús mismo (y cita este nombre) ha

hablado de “el principio” y de “el unigénito y único Dios²⁴”; por otra parte en una carta que San Epifano nos ha conservado²⁵, dice expresamente: “El apóstol declara que la creación del mundo corresponde al Salvador, ya que todas las cosas han sido hechas por él y nada ha sido hecho sin él”. Es esta una cita literal de San Juan, I, 3. La gradación ascendente se mantiene en Teodoto, puesto que encontramos hasta veintiséis pasajes del evangelio según San Juan mencionados en los restos de sus obras que Clemente de Alejandría nos ha transmitido²⁶. Sigue en progreso en Heracleon, que había compuesto un comentario completo de nuestro Evangelio²⁷.

Tenemos también, cosa bien extraña, el testimonio de un pagano a favor del cuarto evangelio. En su libro titulado “La verdadera palabra” que apareció hacia el año 175, Celso se propone “destruir a los cristianos con su propia espada”, tal como se expresa irónicamente, es decir derribar su religión por medio de los escritos que pretenden inspirados. Cita frecuentemente las cuatro narraciones evangélicas, destacando, a veces con bastante agudeza, sus contradicciones aparentes, y menciona numerosos detalles del evangelio según San Juan, en particular el cambio del agua en vino en las bodas de Caná, la sangre que manó del costado de Nuestro Señor Jesucristo sobre la cruz, la doctrina del Verbo²⁸.

Ahora resumamos. ¿De qué se compone la literatura cristiana o directamente anticristiana del segundo siglo?. De algunas cartas, de escritos apologeticos, de un cierto número de tratados. Ahora bien, sucede que todas estas obras, aunque la mayor parte no nos hayan llegado más que en estado fragmentario, testimonian cada una a su modo que San Juan es verdaderamente el autor del evangelio que lleva su nombre. Esta es nuestra prueba extrínseca. Se ha dicho con razón “no existe un libro compuesto por un autor pagano que pueda reivindicar, a favor de su autenticidad, ni la quinta parte de las pruebas que nosotros alegamos para el evangelio según San Juan”.

Y sin embargo se encuentran manchas en este sol; se las ha ido acrecentando poco a poco tan desmesuradamente que se ha pretendido que oscurecían todos los rayos luminosos. He aquí los hechos:

1º Marción que vino a Roma hacia el año 140 y que fue uno de los primeros grandes herejes, rechazaba el cuarto evangelio.

2º San Ireneo menciona una secta que rechazaba igualmente aceptarlo. «Otras para negar el don del espíritu que en los últimos tiempos fue derramado sobre la humanidad por voluntad del Padre, no admiten aquella cita que está en el evangelio según San Juan, en la que el Señor prometió que enviaría al Paráclito; y al mismo tiempo rechazan el evangelio y el espíritu profético»²⁹.

3º San Epifano³⁰ informa por su parte de otra secta a la que da el nombre de “Alogi” que atribuía la composición de nuestro evangelio a Cerinto.

¡Estos tres hechos, desequilibrarían, según los racionalistas, toda la masa de pruebas que acabamos de leer!

Verdaderamente -responderemos primero con Shanz-³¹ “es casi cómico no encontrar en estos testimonios sacados de ilustres escritores eclesiásticos la menor cosa que no tenga el valor de un documento histórico, mientras que se transforma en un testimonio histórico de primer orden la contradicción de los “Alogi”, estos herejes desconocidos, de los que San Epifano ha escrito en propios términos: “de escasa fuerza”.

Pero entremos en algunos detalles:

Marción no quería en efecto otro evangelio más que aquel que él mismo había compuesto mutilando el de San Lucas³²; pero conocía las otras biografías de Nuestro Señor “publicadas bajo el nombre de los apóstoles también de hombres apostólicos³³” y había reconocido expresamente primero la autenticidad de la obra de San Juan como le dice Tertuliano: “Si tú no hubieras rechazado los escritos contrarios a tu teoría, el evangelio de Juan estaría ahí para confundirte³⁴”. ¿Y por qué los había arrancado de golpe de su canon?. En virtud de un prejuicio dogmático, porque no cuadraban con la teoría religiosa de la que él era inventor. Así pues su conducta es más bien un argumento favorable a nuestra tesis y ya nuestros adversarios en gran número de renuncias a alegarlo³⁵.

No menos que Marción los herejes desconocidos de los que habla San Ireneo rechazaban a San Juan como autor del cuar-

to evangelio; ellos también rechazaban su obra porque contradecía sus errores relativos al Paráclito. ¿no es esta una nueva prueba a nuestro favor?. En cuanto a los “Alogi”, es cierto que son la excepción pero de una manera absolutamente insignificante o más bien ¿no podemos decir que confirman la regla?. En efecto: 1º Al ser Cerinto contemporáneo del apóstol San Juan, atribuirle la composición del cuarto evangelio era reconocer su gran antigüedad. 2º Los “Alogi” no basan su negociación en bases históricas o críticas, las únicas que tienen algún valor en caso parecido; sino que como el prólogo de San Juan parecía favorecer los errores de Cerinto, se pusieron a suponer que este hereje era personalmente su autor. 3º Si los antiguos escritores eclesiásticos han sido fieles en destacar las más mínimas contradicciones dirigidas contra el cuarto evangelio, con más razón habrían señalado las dudas serias, en la hipótesis de que las hubiera habido en su tiempo.

2º LAS PRUEBAS INTRÍNSECAS

Pero hay una demostración no menos victoriosa: es la que sacamos no del exterior, sino de interior. “Ese retrato de un ser único trazado por un pintor único; estos detalles tan precisos que indican el testigo ocular; esta firma de San Juan tan modesta, pero tan impresionante; este espíritu, este corazón, este genio de San Juan que exhala a través de todas estas páginas una especie de perfume de verdad que disipa la duda; por otra parte esta figura de Jesucristo tan elevada, tan sublime, tan pura, tan viva, tan humana, que no ha podido ser observada más que por un testigo que tuviera el espíritu, el corazón, la sinceridad, la ternura de San Juan...: he aquí otra prueba indudable de la autenticidad del cuarto evangelio”.

¿Qué responde el cuarto evangelio pues a los investigadores honrados, libres de todo prejuicio dogmático que le interrogan sobre su autenticidad?. Aquí también, desgraciadamente, no podemos proporcionar más que indicaciones sumarias y un pequeño resumen de la prueba. Pero el lector estudioso encontrará sin esfuerzo los documentos para completarnos; y los encontrará sobre todo en una lectura profunda del Evangelio según San Juan.

El autor no se nombra directamente, como tampoco San Ma-teo, San Marcos y San Lucás se habían nombrado antes de él. Nosotros sin embargo podemos concluir del conjunto y los detalles de la narración: 1º que era judío; 2º que era originario de Palestina; 3º que había sido testigo ocular de la mayor parte de los hechos reflejados en su relato; 4º que pertenecía al Colegio apostólico; 5º que no era otro que Juan, hijo de Zebedeo. He aquí las esferas concéntricas que nos conducen poco a poco, pero irresistiblemente y con seguridad, al resultado buscado. El círculo de los posibles autores se irá restringiendo a medida que nos aproximemos al punto central: la última conclusión será absolutamente ineluctable.

Pero permítasenos aún una reflexión preliminar. Los que pretenden que el cuarto evangelio ha sido compuesto en el siglo segundo bajo el nombre de San Juan no han visto como las circunstancias del tiempo y del lugar se prestaban poco a semejante superchería. Un falsario que hubiera querido crear entonces de todas las piezas una obra de este género habría encontrado dificultades irremontables y se hubiera traicionado pronta e infaliblemente. En efecto, el estado de Palestina hacia la época de Nuestro Señor Jesucristo es único en toda la historia y de una complicación extrema. Las tres grandes civilizaciones del mundo antiguo se mezclan y se combinan extrañamente allí: la civilización judía que era la de la masa de habitantes; la civilización romana, o la de los conquistadores y amos del país; la civilización griega, que había penetrado bastante antes en ciertas regiones y en ciertas clases, ya por las ideas filosóficas, ya por el lenguaje. Estos tres elementos vivían o bien estrictamente aislados o bien se compenetraban en los más mínimos detalles de la vida política, social y religiosa. Por ejemplo, el censo se realizaba en Palestina a medias según las órdenes romanas, y a medias según las costumbres judías. Por un rasgo propio de San Juan, “la fractura de las piernas” XIX, 31. Renan se ha visto obligado a decir: “La arqueología judía y la arqueología romana de este versículo son exactas”, sólo un judío contemporáneo de Nuestro Señor era pues capaz de reconocerse entre tales minucias y exponerlas sin cometer error tras error; para un escritor pagano, incluso de esta época y habi-

tante de Palestina, era una verdadera imposibilidad, dado que los judíos vivían orgullosamente separados y los gentiles mostraban por su parte el mayor desprecio respecto a las costumbres israelitas. Con mayor razón habría sido un problema irresoluble para un pagano del siglo segundo, cuando Jerusalén estaba destruida, la nación judía dispersa y la antigua situación totalmente desaparecida.

Hoy día los estudios arqueológicos, tan justamente apreciados permitirían hasta cierto punto reconstituir la situación de una región en de una u otra fecha; pero entonces estaban completamente relegados al olvido. “¿Cómo queréis (-podríamos decir después de cada detalle-) que los sectarios helenistas de Efeso hubieron encontrado esto?”. (E. Renan, *Vie de Jesús*, P. 452).

1º El autor del cuarto evangelio era judío.- La duda no es posible a este respecto, porque el estilo bastaría por sí solo para convencernos de ello. La lengua es exteriormente griega e incluso un griego más puro que el del Apocalipsis; pero el tono general, el espíritu que anima las expresiones, la construcción de las frases, una parte notable del vocabulario, todo eso es judío y hebraico tal como lo afirman los mejores críticos modernos y contemporáneos. Poco o nada de esas partículas que abundan en el griego ordinario; nada de periodos, aunque fueran tan del gusto de los escritores griegos, sino frases simplemente alineadas según lo que se denomina el orden paratáctico. Sin embargo los hebraísmos propiamente dichos no son extremadamente frecuentes; pero ningún griego hubiera podido escribir de esta manera.

La forma general de nuestro Evangelio nos conduce al mismo resultado. Sin estar directamente destinado a los Judíos, como el de San Mateo, trata las cuestiones desde un punto de vista completamente israelita. Así, Palestina es la nación de Cristo y los Hebreos forman su nación especial, I, 11; el templo es el palacio del rey teocrático, II, 16; la salvación viene de los Judíos, IV, 22; la Sagrada Escritura tiene un valor perpetuo, X, 35; Moisés ha escrito sobre Nuestro Señor Jesucristo, I, 45, V, 46; Abraham ha visto “su día”, VIII, 56. Además, lo que es más importante, la narración del cuarto evangelio está constantemente apoyada sobre el Antiguo Testamento como su base natural; sale de él como un

tallo sale de su raíz. El autor bebe en los libros sagrados de Israel sus principales imágenes y comparaciones: la mujer que pare, XVI, 21 (cf. Is. XXI, 3; Os. XIII, 13); el buen pastor y el malo, X, 1 y ss. (cf. Jer. II, 8; Ezech. XXXIV, 7; Zach. XI, 5), el agua viva, IV, 10 (cf. Is. XLI, 18), etc. Diversos incidentes bíblicos son para él prefiguraciones del Mesías: entre otros los que se refieren a la serpiente de bronce, III, 14, el maná, VI, 32, el cordero pascual, XIX, 36. Al modo de San Mateo cita diversos oráculos del Antiguo Testamento que hallan su realización en Jesucristo y emplea también la formula: "para que se cumpliera". cf. II, 22; XIII, 18; XVII, 12; XIX, 24, 28, 36, 37; XX, 9. Nadie sino un judío podía entrar en semejantes detalles.

Nuestro evangelista conoce no menos a fondo las costumbres tanto civiles como religiosas de los judíos contemporáneos de Nuestro Señor Jesucristo. Todo es instructivo a este respecto: ved lo que se dice de la legislación criminal, VIII, 17 y 18, de las fiestas nupciales, II, 6, de la sepultura, XI, 44; XIX, 40; de las impurezas legales, XVIII, 28, de las purificaciones y abluciones, I, 25; II, 6; III, 22, 23, 25; IV, 2; XI, 55; XIX, 31, de la circuncisión y del sábado, V, 1; VII, 22-23, de la excomunión, IX, 22. Sabe correctamente desde qué época se trabaja en la reconstrucción del templo de Jerusalén, II, 20. Menciona la mayor parte de las fiestas judías: la Pascua, II, 13, 23; VI, 4; XIII, 1; XVIII, 26; los Tabernáculos, VII, 2; la Dedicación, X, 22, etc. no sólo las nombra, sino que agrupa en torno a ellas todo su relato, muestra con rasgos minuciosos que sus ceremonias, su historia, su significación son para él cosas muy claras. Por ejemplo la Dedicación se celebra en invierno, X, 22; a la Dedicación se le ha añadido un día, que es el más solemne de la fiesta, VII, 37 etc. Un escritor gentil no habría seguramente insistido en cosas de este tipo.

La misma reflexión a propósito de las ideas y de los sentimientos que se desarrollaban en esta época entre los judíos. Elías es objeto de espera universal, I, 24; existe un odio nacional muy vivo entre Israel y los samaritanos, IV, 9, 20, 22; VIII, 48; es inconveniente para un doctor entretenerse públicamente con una mujer, IV, 27; las escuelas rabínicas gozan de alta estima, VII, 15; los fariseos soberbios tienen un soberano despreciado por el

pueblo iletrado, VII, 49 y ss.; se discute sobre las relaciones de causalidad que puede existir entre el pecado y los males temporales, IX, 2. Sobre todo ¡con qué frescura y qué perfecto conocimiento de su asunto el autor señala las tradiciones populares: verdaderas o falsas, que se refieren al Mesías! Véase I, 19-28, 45-49, 51; IV, 25; VI, 14, 15; VII, 26, 27, 31, 40-42, 52; XII, 13, 34; XIX, 15, 21, etc. y todo esto surge naturalmente en cada capítulo.

2º El autor del cuarto evangelio era un judío originario de Palestina.- Tenemos dos pruebas principales: sus conocimientos topográficos y sus citas del Antiguo Testamento.

Durante cierto tiempo ha estado de moda, en el campo racionalista poner en evidencia las pretendidas inexactitudes del cuarto evangelio respecto a la topografía. Pero nuestros adversarios renuncian hoy día a este argumento, porque la evidencia de los hechos les obliga. “Nos llamamos -dice Keim- sobre este apartado de los errores históricos y geográficos que se han solido señalar. Se puede creer en ellos tanto menos cuanto que el autor manifiesta un conocimiento aceptable del país”. Sí, seguramente un conocimiento muy “aceptable” tanto del conjunto de la región, como de la capital. Las localidades pequeñas o grandes son caracterizadas a lo largo del relato por medio de notas minuciosas, pintorescas que son de vivo interés para el lector sin tener nunca nada de afectación. Un falsario extranjero se habría guardado de insertar estos rasgos diversos que habrían podido comprometerlo o al menos los habría considerado como inútiles. Nuestro evangelista sabe que hay dos pueblos llamados Betania, situados uno más allá del Jordán, I, 28, el otro a quince estadios de Jerusalén, XI, 18; menciona también Bethsaida como la patria no sólo de Pedro y Andrés, sino también de Felipe, I, 44. El detalle relativo a Nazareth es no menos inocente que preciso, I, 46: “¿de Nazareth puede haber algo bueno?”. Caná está en Galilea, II, 1; XXI, 2; Aïnon cerca de Salim y hay mucha agua en este lugar, III, 23; Efren, el último retiro de Jesús está cerca del desierto, XI, 54. Sicar es una ciudad de Samaria, edificada en la llanura fértil que se extiende a los pies de Garizim: preciosos recuerdos de los tiempos de los patriarcas se relacionan con esta localidad, sobre todo

el campo y el pozo de Jacob, IV, 5, 6, 20. La planicie que domina la orilla noreste del lago Tiberiades está cubierta de hierba en primavera, VI, 10. El narrador conoce de maravilla todo lo que se refiere a este hermoso lago: evalúa las distancias, VI, 19; no ignora que se puede ir a pie o en barco de Betsaida-Julias a Cafarnaum, VI, 22-24.³⁶ ¡Y éste es el escritor de quien se ha osado decir: “La región no parece muy familiar al autor”!³⁷

Su exactitud no es menor con relación a Jerusalén y aquí la precisión es tanto más sorprendente, cuanto que la ciudad santa había sido destruida bastantes años antes de la composición del cuarto evangelio. No lejos de la puerta Probática se hallaba la piscina de Betzata con cinco pórticos, V, 2. Jesús en este momento preciso predicó en la parte del templo llamada Gazofilacio, VIII, 20; otra vez se encontraba bajo el pórtico de Salomón cuando una muchedumbre numerosa lo rodeó vivamente, X, 23. Otras particularidades interesantes se refieren a Cedrón (XVIII, 1, 28), Gabbata (XIX, 13), el Calvario (XIX, 17 y 20), el jardín donde Jesús fue sepultado (XIX, 41, 42), etc. Evidentemente el autor ha vivido y ha viajado por el país, se ha mezclado con el pueblo, ha contemplado todo con sus propios ojos: es un judío palestino³⁸.

El método que adopta para hacer las citas bíblicas mencionadas más arriba nos lleva al mismo resultado. Un israelita de la “Dispersión”³⁹, como se decía entonces, habría citado el Antiguo Testamento según la versión de los Setenta, que había sido compuesta precisamente por los judíos que hablaban griego: nuestro evangelista no toma nada de los setenta y traduce el mismo directamente del hebreo. Se ha calculado que incluye en su relato catorce pasajes de la Biblia⁴⁰. Siete de estas citas le pertenecen como propias (II, 17, comp. Ps. LVIII, 10; XII, 14, 15, comp. Zach. IX, 9; XII, 38, comp. Is. LIII, 1; XII, 40, comp. Is. VI, 10; XIX, 24, Comp. Ps. XXI, 18; XIX, 36, comp. Ex. XII, 46; XIX, 37, comp. Zach. XII, 10); cinco están hechas por el propio Nuestro Señor Jesucristo (VI, 45, comp. Is. LIV, 13; VII, 38; X, 34, comp. Ps. LXXXI, 6; XIII, 18, comp. Ps. XL, 10; XV, 25, comp. Ps. XXXV, 19), una por San Juan Bautista (I, 23, comp. Is. XL, 3), una por los Galileos (VI, 31, comp. Ps. LXX-VII, 24). Pues bien, ninguna de ellas coincide con los setenta,

cuando estas difieren del hebreo; tres de ellas, por el contrario (VI, 45; XIII, 18; XIX, 37) están en armonía con el hebreo cuando el texto primitivo está en desacuerdo con la traducción de Alejandría.

3º El autor del cuarto evangelio ha sido testigo ocular de la mayor parte de los hechos que cuenta.- Tenemos una prueba directa y varias pruebas indirectas. La prueba directa consiste en tres pasajes donde el escritor afirma en sus propios términos que ha contemplado con sus ojos lo que cuenta. 1º Joan. I, 14: “y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y hemos contemplado su gloria”. Una aproximación con el comienzo de la primera epístola de San Juan se hace aquí de modo natural: “lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida - y la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna que estaba en el Padre y se nos manifestó - lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros. 2º Joan. XIX, 34-35: “uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero”. 3º Joan. XXI, 24: “Este es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero”.

Las pruebas indirectas nos demuestran también del modo más evidente que “si un escritor lleva el sello de un testigo ocular, es seguramente la obra de San Juan”. Consisten en la naturaleza tan viva y a menudo autobiográfica del relato, en la mención tan precisa de las circunstancias de tiempo y de número.

Tendremos ocasión de repetirlo al examinar el carácter del cuarto evangelio, nada más vivo, más pintoresco que sus narraciones. Se ve que todo está descrito según la realidad; los actores se mueven bajo nuestros ojos porque se habían movido antes bajo los del narrador. El arte y la imaginación no podrían componer las cosas con semejante mezcla de verdad y de simplicidad. Hay que haber “contemplado” por sí mismo las escenas para contarlas así; por otra parte el escritor cita frecuentemente su propia experiencia. Joan. II, 11: “Jesús manifestó su gloria y sus discípulos cre-

yeron en Él". II, 22: "Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho esto y creyeron, XX, 8: "El otro discípulo que había llegado el primero al sepulcro, entró también; y vió y creyó". Y otros veinte hechos análogos. También ¡qué perfecta exactitud en las descripciones!. Se ve con una simple lectura que los más mínimos detalles se habían fotografiado de alguna manera en la memoria del autor. Esto es sorprendente no sólo en los episodios considerados en su conjunto, -elección de los primeros discípulos, I, 38-51, vendedores echados del templo, II, 13-17, conversación con la samaritana, IV, 4 y ss., la mujer adúltera, VIII, 1-19, curación del ciego de nacimiento, IX, 6-7, el lavatorio de los pies, XIII, 4, 5, 12, la detención de Jesús, XVIII, 1-13, los detalles de la pasión, XVIII y XIX, la visita al santo sepulcro, XX, 3-8, -sino también y sobre todo en los rasgos pequeños, que atestiguan a cada instante el testigo ocular. Juan Bautista echa una mirada sobre Jesús que pasa a cierta distancia, I, 35; Jesús, oyendo que le siguen, se vuelve, I, 38; cuando María derrama el precioso perfume sobre los pies del Salvador, la casa se llena de un agradable olor, XII, 3; es noche cerrada cuando Judas abandona el cenáculo, XIII, 30; Jesús interrumpe su discurso después de la cena para dar la señal de partida: "Levantaos, vamonos de aquí", XIV, 31. Basten estas indicaciones, porque el comentario los destacará generalmente con fidelidad.

Habría que copiar incluso una parte notable del cuarto evangelio, si quisiéramos señalar a fondo todas las circunstancias de tiempo y de número que esmaltan el relato y le proporcionan un carácter tan neto, tan preciso. En cuanto al tiempo, el orden cronológico, seguido muy exactamente, demuestra que la biografía de Nuestro Señor Jesucristo había pervivido bajo su forma histórica y real en el espíritu del escritor sagrado. Las épocas, los días, las horas incluso se desprenden de la narración y le dan relieve. Son las fiestas judías, de las que ya hemos hablado. Es tal o cual periodo, una serie de días determinados (véase I, 29, 35, 43; II, 1; IV, 40, 43; VI, 22; VII, 14, 37; XI, 6, 17, 39; XII, 1, 12; XIX, 31; XX, 1, 26, etc.). Es en tal o cual día, la décima hora, I, 40, la sexta hora, IV, 6, la séptima hora, IV, 52, aproximada-

mente la sexta hora, XIX, 14, de madrugada, XVIII, 28; XX, 1; XXI, 4; por la tarde, VI, 16; XX, 19; por la noche, III, 2, etc. El autor estaba allí porque lo sabe todo. Nada más notable también que su conocimiento exacto de los números, ya sea de personas, ya sea de cosas: dos discípulos, I, 35, seis ánforas, II, 6, cinco maridos, IV, 18, treinta y cinco años de enfermedad, V, 5, cinco panes y dos peces, VI, 9, veinticinco estadios, VI, 19, trescientos denarios, XII, 5, cien libras, XIX, 39, doscientos codos, XXI, 8, ciento cincuenta y tres peces XXI, 11. Y obsérvese que estos detalles se presentan por todas partes, sin buscarlos, incidentalmente y con mucha naturalidad. No, el falsario “más refinado” no habría sido capaz de llegar a semejante resultado.

4º El autor formaba parte del colegio apostólico.- Conoce demasiado bien la vecindad misma de Nuestro Señor Jesucristo y a Jesús mismo para no haber sido personalmente uno de los Doce. Bajo esta doble relación el cuarto evangelio nos proporciona un número mayor de rasgos especiales que el conjunto de los otros tres.

Con respecto a los discípulos nuestro evangelista expone sus pensamientos más secretos, incluso pensamientos “que a veces nos sorprenden y que ningún compositor de ficciones les habría atribuido. Véase II, 11, 17, 22; IV, 27; VI, 19, 60; XII, 16; XIII, 22, 28; XX, 9; XXI, 12. Es fácil ver que tenía relación con varios de ellos (Andrés, Felipe, Nathanael, sobre todo Simón Pedro, cap. I y XXI). Pronto ha atravesado de parte a parte los innobles sentimientos del traidor (cf. VI, 70, 71; XI, 6; XIII, 2, 27). Puede indicar los lugares de sus retiros (XVIII, 2; XX, 19), las palabras que intercambiaron en la intimidad bien entre ellos, bien con su Maestro (IV, 31, 33; IX, 2; XI, 8, 12, 16; XVI, 17, 29, etc.).

Con relación a Jesús ¡qué rico tesoro de recuerdos personales se había formado poco a poco!, y todos estos recuerdos demuestran que había vivido largo tiempo él mismo en su inmediata vecindad. Debí asociarse desde el comienzo al Salvador a las orillas del Jordán, I, 19 ss., acompañarlo a las bodas de Caná, después a Jerusalén, después a Judea y a Samaria, II-IV. Estaba con él y con los otros apóstoles en el momento de la multiplicación de los panes y del discurso siguiente, VI. Lee en el sagrado

corazón de Jesús los sentimientos que lo animaban (XI, 33, 38; XIII, 21), los motivos que le hacían actuar (II, 24, 25; IV, 1, 3; V, 6; VI, 6, 15; VII, 1; XIII, 1, 3, 11; XVI, 19; XVIII, 4; XIX, 28). En todas partes se ve en él al discípulo, al apóstol privilegiado. Además sólo un hombre revestido de la autoridad apostólica podía al final del siglo primero, cuando se había formado la tradición sobre la vida de Jesús con los sinópticos como base, publicar una biografía nueva, tan diferente de las antiguas en varios puntos y que parecía a veces incluso contradecirlos.

5º El autor no es otro que el apóstol San Juan.- Aquí el círculo se cierra y llegamos a una certidumbre casi completa. En primer lugar las relaciones de los sinópticos nos han enseñado que, entre sus apóstoles, Jesús había tenido tres amigos más favoritos que los otros: San Pedro, Santiago el Mayor y San Juan. Pues bien Santiago fue martirizado a partir del año 44: no podríamos pensar en él para la composición del cuarto evangelio. San Pedro tampoco podría haber escrito tal obra; porque, por una parte, también él recibió la corona del martirio antes de la época de su publicación y por otra parte, el estilo y la manera de nuestro evangelista difieren totalmente del estilo de San Pedro como hombre y como escritor. Queda sólo Juan; e incluso era el único superviviente de todo el colegio apostólico cuando apareció el escrito evangélico que lleva su nombre.

En segundo lugar existe una relación de semejanza muy estrecha entre el alma tan tranquila, tan delicada, tan tierna, tan contemplativa de San Juan y el carácter del evangelio que estudiamos. La identidad de estilo entre este escrito y la primera epístola del discípulo predilecto es no menos sorprendente.

En tercer lugar, el autor de nuestro evangelio, que marca con tanto cuidado las distinciones de lugares y de personas, para evitar toda posibilidad de confusión, omite totalmente una de las más importantes, señalada veinte veces por los sinópticos: la que se refiere a Juan Bautista y Juan, hijo de Zebedeo. Para él, el Precursor es Juan simplemente; porque el otro Juan es él mismo y al no nombrarse, considera imposible la confusión.

Finalmente, ese mismo silencio que guarda sobre sí, sobre su hermano y su madre, mientras que nombra de buen grado a los

otros apóstoles (San Andrés, cuatro veces, San Felipe dos veces, Natanael y Santo Tomás cinco veces cada uno, San Judas una vez, Judas Iscariote ocho veces, San Pedro hasta treinta y tres veces), ¿no es otra llave del misterio? Su modestia le ha impedido hablar de sí mismo salvo bajo el velo del anonimato; pero por ello mismo ha traicionado el secreto que quería callar.

¿No tenemos ahora razón para concluir que las pruebas intrínsecas se asocian del modo más enérgico a los testimonios externos para demostrar que el cuarto evangelio es realmente la obra del apóstol San Juan? “Si a falta de referencias históricas, se debiera, según simples verosimilitudes, descubrir entre los apóstoles o los discípulos de Jesús al autor de este evangelio, los estudiosos se detendrían bien pronto en San Juan, al revelarse tan claramente en este libro el carácter de este apóstol y las circunstancias de su vida”.

3º LOS RACIONALISTAS Y SUS SOFISMAS

Sobre este punto igualmente deberemos limitarnos a indicaciones rápidas y resumidas. El objeto de nuestro comentario es en efecto la exposición, no la refutación; o más bien esperamos haber derribado a menudo de una manera indirecta las falsas teorías de nuestros adversarios, estableciendo el verdadero sentido de los textos, siguiendo a nuestros grandes maestros, los Padres y los Doctores. Por cierto, para una refutación completa que siguiera paso a paso el error en todos sus meandros, haría falta un volumen entero.

En primer lugar una palabra sobre la historia de la cuestión. Entre los “Alogi” mencionados anteriormente y el final del siglo XVII ninguna duda, ningún ataque que reseñar. Aunque se suceden las herejías que niegan sucesivamente los dogmas más sagrados; pero el evangelio según San Juan recibe desde todas partes el respeto tradicional. El deísta inglés Eduardo Evanson fue el primero en pretender que este escrito sublime había sido compuesto en el siglo segundo, por un platónico convertido. Dos excelentes refutaciones hicieron guardar silencio a Evanson e Inglaterra se vio libre durante largo tiempo de esta dolorosa controversia.

Pero la negación no tardó en pasar a Alemania donde numerosos opúsculos tan arrogantes como poco científicos la hicieron resonar bajo las formas más variadas: Vogen con su tono jocoso y ligero, y el sentimental Herder son los únicos que merecen una mención aparte en esta multitud insignificante. Hubo también sabias refutaciones, entre otras las del profesor católico L. Hug y del doctor protestante Eichhorn en sus "Introducciones al Nuevo Testamento" frecuentemente reeditados. Se produjo una reacción y los detractores fueron reducidos al silencio como anteriormente en Inglaterra.

Aproximadamente diez años más tarde, los famosos "Probabilia" de Bretschneider, atrevidos bajo un título modesto, volvieron a abrir un debate que se esperaba interminable. Esta obra era mucho más seria que todas las que habían aparecido hasta entonces, y en el fondo quedó como el arsenal en el que todos los enemigos subsiguientes del cuarto evangelio han venido a buscar sus armas. Bretschneider pone hábilmente a San Juan en oposición continua con los sinópticos, reprocha al autor de nuestro evangelio numerosos fallos contra la historia y la geografía, pretende que no ha podido ser ni un testigo ocular, ni un judío, ni un apóstol: era, -dice- un cristiano gentil que vivía al comienzo del segundo siglo. Se produjo un gran daño. Sin embargo hubo también, de inmediato, tan sólidas refutaciones, que Bretschneider se batió abiertamente en retirada al cabo de un año; aseguraba con mayor o menor sinceridad, que su conducta había tenido como objetivo hacer la verdad más evidente provocando un examen completamente serio de la cuestión. A partir de este momento, nuevo periodo de calma. Una corriente contraria no tardó en establecerse, gracias a Lücke, y a Schleiermacher, que dieron a San Juan el mejor papel a expensas de los evangelistas sinópticos.

Pero he aquí que en 1.835 estalló una vez más la lucha con violencia, provocada por el famosísimo Strauss y su "Vida de Jesús". Si casi todo es "mito" en las narraciones evangélicas, sus autores son naturalmente falsarios: Straus no se dignó a decir más sobre este último punto. Por esta misma época, Lützelberger se puso a negar como hemos visto, la posibilidad de una estancia de San Juan en Efeso, derribando al mismo tiempo, -pensaba él- toda

la tradición relativa al autor del cuarto evangelio. Los cuatro principales discípulos de Strauss, Baur, Zeller, Schwegler se pusieron de acuerdo, a pesar de matices muy grandes de argumentación, para retrasar la composición de la obra llamada de San Juan a la segunda mitad del siglo II. Igualmente Hilgenfeld y Volkmar cuyos motivos fueron sin embargo muy distintos. A estos múltiples ataques se respondió de nuevo con ardor: los campeones más destacados de la autenticidad fueron entonces Thiersch, Ebrard, Bleek y Luthardt.

Una paz relativa reinó hasta el momento en que Keim vino a inaugurar el último estadio de esta triste lucha. En la introducción de la obra tan erudita, pero tan plagada de errores, que le valió al poco tiempo una reputación europea, emplea los medios más radicales para quitar a San Juan su título de redactor del cuarto evangelio; la tradición entera ha sido falseada y no merece la menor credibilidad. Sin embargo, se vio obligado por la misma existencia de los testimonios a adelantar la composición hasta los primeros años del segundo siglo. El debate comenzó entonces en Inglaterra, donde Davidson y el autor anónimo del libro titulado "Religión sobrenatural" se alinearon entre los adversarios de la autenticidad. Entre las numerosas refutaciones suscitadas por este resurgir de los ataques, citaremos las de Dramey, Luthardt, Leuschner y Beyschlag. Una vez más obligaron a los "críticos", - como orgullosamente se llaman- a cantar la palinodia y volver a la opinión tradicional. Otras veces les obligaron a volver a posiciones intermedias, en lo que reconocían a su pesar su derrota. Así Renan en la décimo-tercera edición de la "Vida de Jesús"⁴¹ vino a reconocer que nuestro evangelio había sido redactado en Efeso, según el relato del apóstol San Juan quizá dictado por él mismo. Michel Nicolas⁴², Weizsaecker, Schenkel y muchos otros adoptaron conclusiones análogas⁴³.

Pasemos a algunas objeciones de detalles y veamos cuál es su valor. Pero, si fuera el lugar, ¡qué interesante sería señalar por una parte las constantes contradicciones en las que incurren los racionalistas con respecto al evangelio según San Juan, por otra sus golpes de autoridad y el "tono de altanera seguridad" que muestran!. Son éstas, pruebas que reflejan una extremada debilidad.

Se nos presentan dos objeciones de dos categorías: unas muy numerosas de carácter intrínseco, otras, dos como máximo, de orden externo.

1º Las objeciones sacadas del propio libro.- Evidentemente no señalaremos más que las principales. La primera que se encuentra con más frecuencia y bajo formas muy variadas consiste en la pretendida contradicción que se manifestaría de una manera incesante entre la narración de San Juan y los tres relatos sinópticos. “Los hechos y los discursos mejor atestiguados de los evangelios primitivos son separados o asociados, disminuidos o aumentados de la manera más arbitraria. En lugar de Galilea es Samaria y Jerusalén; son viajes de fiesta como para perder el respiro en lugar de misiones apacibles; dos años de enseñanza en lugar de uno solo, un filósofo y un teólogo cristiano en lugar del Bautista nacional independiente, una madre creyente en lugar de una madre que duda, un solo discípulo favorito en lugar de tres preferidos, enigmas sobre la sabiduría en lugar de una predicación popular, el rechazo de la ley (de Moisés) en lugar de su conservación, retiradas en lugar de los vivos combates del final, el lavatorio de los pies en lugar de la última cena, en lugar de la angustia, la tranquilidad y el triunfo, en lugar de los esbirros judíos una cohorte romana, en lugar del Sanedrín un tribunal imperial, en lugar del mesianismo un reino de la verdad predicado ante los oídos de Pilato; en resumen, ¿quién podría nombrar todas las divergencias?”. Tomamos de Keim este resumen que está bastante bien presentado. Así pues todo sería diferente: los hechos, la doctrina, los discursos, el retrato de conjunto. En consecuencia, si los evangelios de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas son auténticos, la obra de San Juan por ello mismo se desploma. Aquí debemos pedir al lector que tenga paciencia y espere, para una respuesta desarrollada, nuestra “Introducción general a los Santos Evangelios”, donde las relaciones de los sinópticos y de San Juan serán tratadas a fondo. Baste con decir en este momento, que si las divergencias existen, son extrañamente exageradas por nuestros adversarios y se explican muy bien por los géneros y objetivos diferentes de los escritores sagrados; por lo demás la semejanza es aún más sorprendente y con facili-

dad reconocemos en los dos cuadros al mismo Jesús, al mismo Cristo, al mismo Hijo de Dios. ¡cuántos rasgos en palabras o en obras en los sinópticos que creeríamos tomados de San Juan y recíprocamente, cuántos detalles del cuarto evangelio que recuerdan a los de los tres primeros!. Hemos insistido varias veces en ello en nuestros comentarios anteriores e igualmente en este volumen. Sobre las ideas teológicas es imposible demostrar que el menor rasgo datará solo del segundo siglo y no se armonizará con el resto de la predicación evangélica. Diremos en el comentario de quien sacó San Juan la teoría del Verbo divino.

Una segunda objeción intrínseca está sacada de la marcada diferencia tanto de forma como de fondo que existe entre el Apocalipsis y el cuarto evangelio. Uno u otro de estos escritos es ciertamente falto de autenticidad -se nos asegura. Aquí también responderemos que las divergencias han sido demasiado acentuadas en interés de la causa que se quiere sostener y que pueden explicarse fácilmente. El Apocalipsis está escrito en un griego menos puro y eso se concibe sin dificultad, si se piensa que es notablemente más antiguo, y que San Juan tuvo después tiempo de acrecentar su conocimiento de la lengua griega durante su prolongada estancia en Efeso. Respecto al fondo las ideas difieren porque el género también difiere; un libro profético y un escrito histórico ¿pueden reproducir idénticamente las mismas teorías?. Pero a pesar de esto y Baur mismo lo ha reconocido las coincidencias de conjunto y de detalle son verdaderamente sorprendentes entre los dos libros sagrados. En una parte y en la otra un lenguaje plagado del Antiguo Testamento; en una parte y en la otra Jesucristo como figura central: en torno a él un doble movimiento, el del amor y el del odio; en una parte y en la otra la misma riqueza y profundidad de pensamientos. Nada se opone a que hayan tenido un único y mismo autor.

Pero San Juan no podría haber compuesto un Evangelio donde se pone personalmente en escena de una manera tan poco modesta, donde manifiesta en particular "un sentimiento de rivalidad envidiosa" hacia San Pedro. "¡Qué puerilidad!"-exclamaremos con un comentarista reciente. ¿Cómo se leen los textos, cuando se deducen así conclusiones diametralmente opuestas a la ver-

dad? ¡qué San Juan falta a la modestia!. Pero si estaba tan deseoso de aparecer ¿por qué el velo del anonimato y esta manera delicada, impersonal de ponerse en escena?. Se denomina, cierto es, “el discípulo que Jesús amaba”; ¿es que la gratitud no le obligaba a ello?. Además es verosímil que desde temprano se le hubiera empezado a llamar en la Iglesia con este hermoso nombre. ¡San Juan ofendido del papel preponderante que los sinópticos atribuyen a San Pedro!. Pero entonces ¿por qué ha contribuido tanto como ellos a exaltar este papel?. Recorred los pasajes I, 41, 42; VI, 68; XIII, 6, 24; XVIII, 10; XX, 2, 6-8; XXI, 2, 3, 7; II, 15-20, y se verá si el escritor que ha escrito en su narración tales líneas podía sentir el menor “sentimiento de rivalidad envidiosa” frente al príncipe de los apóstoles.

Menos ridícula, la objeción sacada de lo que se llama el antijudaísmo del autor, pero paralelamente desprovista de toda base. Lo que se ha dicho anteriormente de las relaciones del cuarto evangelio con el Antiguo Testamento basta para demostrarlo. Si llama a cada instante a los jefes de la teocracia los “Judíos”, en un sentido aparentemente hostil, no hace más que ajustarse a la realidad de los hechos y no es él ciertamente quien abre el combate. Evidentemente el cristianismo había roto con el judaísmo, pero no en el sentido marcado por los racionalistas. El comentario de algunos textos incriminados (VIII, 17; X, 34; XV, 25) convencerá al lector de que las otras supuestas huellas de antinomismo diseminadas, según se dice, a través del relato, no tienen nada ni de antijudaísmo ni de antinomismo.

Finalmente, un escrito donde pululan errores geográficos e históricos no podría haber sido escrito por el apóstol San Juan. Hemos visto anteriormente a qué debemos atenernos sobre este punto. Un solo detalle merece ser señalado aparte: Caifás nombrado pontífice de aquel año en dos ocasiones, XI, 49, 51; XVIII, 13, mientras que según la ley judía los grandes sacerdotes mantenían sus funciones siempre hasta su muerte. Pero se verá también, en el comentario de estos pasajes, la sorprendente exactitud de tal expresión.

2º Quedan pues las dificultades de orden externo. Apenas nos atrevemos a mencionar la primera, tan humillante nos parece

para los que la proponen. El cuarto evangelio no estaría -a los ojos de la escuela racionalista- suficientemente acreditado por la tradición; los antiguos testigos no habrían hablado en su favor de una manera suficientemente explícita. Sabemos, según la primera parte de este capítulo, a qué atenernos al respecto. ¡Hombres que viven mil ochocientos años después de la publicación de una obra ponen en cuestión, con relación a su autenticidad, el testimonio de otros hombres que vivían en la misma época en que aparecía! ¿quiénes merecen más nuestra confianza?

Al menos nuestros adversarios tienen como reserva, como un ancla de la última esperanza, la prueba que les proporciona la conducta de los "Cuartodecimanos". He aquí el resumen de la objeción. En la célebre lucha que se entabló en el segundo siglo a propósito del día preciso en el que se debía celebrar la Pascua cristiana, los obispos de Asia Menor, en particular San Policarpo y San Polícrates, se apoyaban en el apóstol San Juan para celebrar siempre el 14 nisan, al modo de los judíos. Pues bien, según el cuarto evangelio (Joan, XIII, 1; XVIII, 28; XIX, 14) Jesús habría celebrado él mismo la Pascua de una manera anticipada, es decir antes del 14 nisan. De donde se deduce que este Evangelio no podría tener a San Juan por autor, ya que contradice la tradición que tomaba como base precisamente el modo de actuar del discípulo predilecto. Pero "falsa suposición", -responderemos nosotros en primer lugar; porque tal como lo admitimos cada vez más con la gran mayoría de los críticos, Nuestro Señor Jesucristo, para la fecha así como para el resto, se conformó en todos los puntos a las costumbres judías respecto a la celebración de la Pascua. Y por imposible (al menos según nuestra opinión), aunque fuera seguro que Jesús anticipó la Pascua judía, el argumento de nuestros adversarios llegaría a una falsedad, tal como Schürer -sin embargo racionalista- ha demostrado. En efecto, la controversia pascual no se refería en absoluto a este punto: ¿cuándo ha celebrado Jesucristo la Pascua? sino sobre éste: ¿los cristianos deben conservar para esta fiesta el mismo día que los Judíos o modificar su calendario?.

Concluamos: considerando la prueba invencible que nos proporciona la tradición, considerando la prueba tan enérgica en

su género que podemos beber en la propia obra de San Juan, los racionalistas no pueden establecer más que sofismas, que bien lejos de debilitar para nada estos dos argumentos, destacan por el contrario su fuerza admirable.

Notas:

¹ Conviene reconocer que todos los Evangelistas, especialmente los sinópticos nos refieren lo que Cristo realizó en su vida temporal; pero San Juan tiene un estilo más elevado, su ideal es demostrar a todos que Jesucristo es Dios, y lo defiende no sólo con su palabra, sino también con sus milagros. Los judíos se dieron cuenta enseguida, y por eso al decirles Jesús: *¿Por qué obra buena me queréis apedrear? Ellos le contestan: "No te apedreemos por ninguna obra buena, sino porque siendo hombre te haces Dios"* (Jn. 10,33), y esta fue la finalidad de su Evangelio: *"Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para creyendo tengáis vida en su nombre"* (Jn. 20, 31).

² Adv. Marcion, IV, 2.

³ Voyez Rensch, Das Neue Testament Tertullian's, 1871.

⁴ Strom., III, p. 465.

⁵ Extrait des Hyotyposes, cité par Eusèbe, Hist. eccl., VI, 14.

⁶ Ap. Euseb. Hist. eccl. VI, 13.

⁷ Adv. Prax. 5. Cf. Rensch, Itala und Vulgata, 1869, p. 2 et ss.

⁸ La citation est empruntée à I Joan, I, 1.

⁹ Ad Autolyc, II, 22.

¹⁰ De viris illustr., c. 25: "Quatuor evangeliorum in unum opus dicta compingens".

¹¹ Leg. 10. Cf. Joàn. I, 1,3.

¹² Ap. Otto, Corpus apologet. t. IX, p. 415.

¹³ Cf. Luthardt, l.c. p. 52. Voyez aussi Pitra, Spicilegium Solesmense, t. III, p. 231.

¹⁴ Chronicon paschale, -édit. Dindorf, t. I, p. 14.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Adv. Jæres. V, 33, 4.

¹⁷ Hist. eccl. III, 40, 19.

¹⁸ Cf. Joan, I, 14, 17; XIV, 6.

¹⁹ Ver Padres Apostólicos BAC. p. 884.

²⁰ Cf. Schanz, Commentar über das Evang. des heiligen Johannes, p. 7 et 8.

²¹ Esta obra está publicada por la Editorial Apostolado Mariano.

²² Philosoph. VI, 35. Cf. Joan, X, 8.

²³ Philos. VI, 33. Cf. Joan, XIV, 30, etc.

- ²⁴ Ap. Iren. Adv. Hær, I, 8, 5.
²⁵ Hæres. XXXIII.
²⁶ Cf. Hostede de Groot, Basilides, p. 102 de la traduct. allemande.
²⁷ Vers. 150 ou 160. Origène l'a réfuté pas à pas.
²⁸ Voyez F. Vigouroux, Les Licres saints, et la critique rationaliste, t. I. p. 139 et ss., et la réfutation d'Origène, Contra Celsum.
²⁹ Adv. Hær, III, 11,9.
³⁰ Hær.LI, 3. Cf. Philastrius, Hær. 60.
³¹ Commentar, p. 10.
³² F. Vigouroux, l. c., p. 119, et ss.
³³ Tertullien, Adv. Marc. IV, 3.
³⁴ De carne Christi, c. 3.
³⁵ Voyez Luthardt, Der johanneische Ursprung..., p. 83 et suiv.
³⁶ Voyez aussi XXI, 6-11
³⁷ M. Réville. CXf. Nicolas, Etudes critiques, p. 198.
³⁸ Voyez Luthardt Der johanneische Ursprung, p. 138 et suiv.
³⁹ Cf. Joan, VII, 35. On appelait ainsi les Juifs disperses à travers le monde entier, en dehors de la Palestina.
⁴⁰ Voyez Westcott, St. John's Gospel, p. XIII et ss.
⁴¹ París 1867.
⁴² Etudes critiques sur la Bible: Nouveau Testament, 1862.
⁴³ Voyez Keil, Commentar, p. 35 et s.

III.- LA OCASIÓN, LAS FUENTES, EL FIN DEL CUARTO EVANGELIO

1.- La ocasión.- Una tradición no menos antigua que permanente afirma que San Juan compuso su evangelio a petición insistente y reiterada ya sea de los presbíteros ya sea de los fieles de Asia Menor. «Animándole los otros discípulos y sus obispos, Juan el discípulo dijo: "Ayunad conmigo hoy tres días y contémonos unos a otros lo que nos haya sido revelado a cada uno". Esa misma noche fue revelado a Andrés de entre los apóstoles que, con conocimiento de todos, Juan escribiera todas las cosas en su propio nombre».

Así escribía a fines del siglo segundo el autor del fragmento de Muratori. Clemente de Alejandría, sobre la misma época, nos proporciona una información análoga aunque más concisa: "animado por sus conocidos". (Eusebio, Hist. Eccl. VI, 14).

San Victorino de Pettau en Panonia, martirizado el año 303 se expresa en estos términos: “habiéndose extendido por el orbe Valentino, Cerinto y Ebión y los restantes de la escuela de Satanás, acudieron hacia él (Juan) todos los de las provincias limítrofes y lo empujaron a que escribiera su testimonio”. Los testimonios de Eusebio y de San Jerónimo son idénticos: “Juan -dice este último-... fue obligado por casi todos los obispos de entonces de Asia y por enviados de muchas iglesias... a escribir”. (De Viris Illustribus, 9).

Nada más natural, por lo demás, que tal petición, en esta época. El discípulo predilecto había llegado al final de su vida humana, era entonces un tiempo de crisis, a causa de las nacientes herejías: los obispos y los cristianos de Asia pensaban con toda razón que tendría una gran utilidad para la Iglesia el poseer, en un libro que no perecería, los relatos divinos que San Juan les había expuesto de viva voz tan frecuentemente.

De este hecho emana una nueva autoridad sobre el cuarto evangelio: “Resume pues el testimonio colectivo de un grupo entero de discípulos del Salvador y de los apóstoles, teniendo a la cabeza a San Juan. Esto nos explica la conclusión del libro (Joan. XXI, 24), que es una especie de reconocimiento formal: “Este discípulo es el que da testimonio de estas cosas y quien ha escrito esto; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero”. Ahí tenemos, por así decirlo, la firma confirmatoria de los compañeros de San Juan”.

2.- Las fuentes.- El corazón amoroso del apóstol predilecto, su memoria en la que todo lo que había visto y oído “del Verbo de la vida” se había grabado de manera indeleble fueron las fuentes principales, de este libro único, marcado con el sello de una originalidad tan admirable. El tiempo, que borra de su memoria nuestros mejores recuerdos, rejuvenecía por el contrario los de San Juan.

Sin embargo esto no excluye -los autores lo admiten de buen grado- algunos documentos propiamente dichos, por ejemplo, las «Memorias» análogas a las que sirvieron a San Lucas para componer su narración.¹

Finalmente, para diversos detalles, San Juan pudo recurrir

a las informaciones personales. Durante los años que pasó en la ciudad santa después de Pentecostés, nada más fácil que interrogar a Nicodemo, a María Magdalena y a otros discípulos. Sobre todo ¡cuántas veces, durante sus coloquios íntimos con la Madre de Jesús, convertida en su propia madre, debió volver sobre las acciones y las palabras de Aquel que ocupaba constantemente sus pensamientos!. Por esa razón, ¡esa redacción tan segura incluso después de tantos años, incluso para los discursos de Nuestro Señor!.

3.- El fin.- Este es el más importante y uno de los puntos más interesantes que se refieren a la composición del evangelio según San Juan. A primera vista, las informaciones de los antiguos escritores eclesiásticos parecen apartarse los unos de los otros de una manera notable, lo que ha causado cierta duda entre los comentaristas más recientes. Veremos sin embargo que se puede conciliar todo, distinguiendo, como por cierto lo hacen hoy día la mayor parte de los exégetas creyentes, entre el fin principal y las intenciones secundarias del evangelista.

1º El fin directo y principal que se propuso San Juan al componer su evangelio fue dogmático, cristológico. Tuvo buen cuidado de advertírnoslo él mismo al final de su hermoso relato: «Muchos otros signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro, y éstos fueron escritos para que creáis que Jesús es Cristo, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre».

Las otras tendencias son accesorias y subordinadas a ésta, que es la que da verdaderamente el tono a todo el relato y que corre a través del libro entero como un hilo de oro puro para unir los diversos miembros.

Muchos Padres han hablado muy claramente en este sentido. Orígenes: Ningún evangelista manifestó la divinidad de Jesús con tanta pureza como Juan; que le lleva a decir: «Yo soy la Luz del mundo, yo soy el camino, la verdad y la vida; yo soy la resurrección, yo soy la puerta, yo soy el buen Pastor». San Jerónimo: «Fue impulsado a escribir sobre la divinidad del Salvador con gran elevación y a elevarse hacia el mismo Verbo de Dios con una osadía audaz y afortunada». San Agustín: «Estos tres evangelistas

(los sinópticos) se orientaron sobre todo hacia las cosas que Cristo realizó en su vida temporal, en cambio Juan pone su consideración sobre todo en la propia divinidad del Señor, por la que es igual al Padre, y se ocupó de ensalzarla sobre todo en su evangelio cuanto considero que era suficiente para los hombres». San Epifano: «Juan llegando en último lugar se elevó más alto y estableció todo lo que precede a la misma encarnación. En efecto la mayor parte de las cosas espirituales fueron expresadas por él, mientras que lo que se refiere a la carne había sido establecido ya por los otros. Por lo tanto emprende la narración espiritual sobre aquel don que careciendo de todo comienzo vino a nosotros procedente del Padre».

Pero a falta de indicaciones exteriores, el texto mismo sería para nosotros, a este respecto, una garantía muy segura. El conjunto y los detalles del relato convergen sin cesar hacia este fin conjuntamente teórico y práctico: demostrar que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios (es decir, demostrar el carácter mesiánico o la divinidad de Jesús) y producir por esta demostración la fe en todos los corazones a fin de que todos lleguen a la vida eterna, a la salvación. Es ésta, por cierto, la base esencial del cristianismo y también su resumen perfecto. Seguramente los otros evangelistas se habían propuesto una finalidad análoga, pero no de una manera tan directa, tan formal y con tanta energía; ninguno de ellos es “teólogo” como San Juan.

Los episodios y los discursos cuya reunión forma el cuarto evangelio han sido maravillosamente seleccionados en el sentido que acabamos de indicar. Los hechos no son lo más importante para el autor, sino que él insiste preferentemente sobre la teoría que se desprende de ellos, y esta teoría viene a decir siempre: ¡Afortunados los que creen en Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios! ¡Ay de los que permanecen incrédulos!. Desde el prólogo, I, 1-18, que es como el pórtico grandioso de nuestro evangelio, Jesús nos aparece bajo los rasgos del Verbo, del “Unigénito” de Dios Padre: Juan Bautista es su precursor y su testigo. Sus primeros discípulos lo saludan ya con sus verdaderos títulos: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel”. El templo es la casa de su Padre (Joan. II, 16). A los ignorantes, así como a los sabios,

a la humilde samaritana así como al justo Nicodemo revela abiertamente su dignidad (Joan. III, 13 y ss.; IV, 10, 26). Pero no podemos señalar aquí todos los rasgos aislados. Recorred los capítulos V, VII, VIII, XI (la resurrección de Lázaro), XIV-XVI (el discurso del adiós), XVII (la oración sacerdotal) y recogeréis algunos muy significativos para la tesis de San Juan. También con la mirada en su objetivo tan elevado nuestro evangelista inserta los discursos dogmáticos de Nuestro Señor Jesucristo más que sus discursos morales y sus parábolas. Por ese mismo motivo llama a los milagros de su Maestro "signos"; porque manifiestan admirablemente su divinidad, su carácter de Mesías, y mueven por consiguiente la fe en su persona.

Sin embargo no es, como se ha pretendido, que el evangelio según San Juan sea "en verdad un tratado teológico tanto como lo es la epístola a los Hebreos". En el fondo, sigue siendo un relato, tanto como los volúmenes de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas: el método histórico no se ve para nada dañado por la intención dogmática.

2º Al lado de esta intención predominante y general, válida para todos los lugares, para todos los tiempos, San Juan se propone otros fines accesorios y sobre todo un fin polémico. Una tradición que se remonta hasta San Ireneo menciona en términos expresos a los gnósticos entre los adversarios que tenía a la vista y a los que quería refutar de una manera indirecta: He aquí las propias palabras del gran obispo de Lyon: «Anunciando esta fe Juan, el discípulo del Señor, queriendo quitar por medio del anuncio del Evangelio el error que había sido propagado a los hombres por Cerinto y mucho antes por los que se llaman Nicolaitas... comenzó de este modo el evangelio». Testimonio irrefutable viniendo de una fuente tan segura. Tertuliano, San Epifano, San Jerónimo nos informan en el mismo sentido. «Juan -dice este último- escribió el Evangelio contra Cerinto y otros herejes y principalmente contra la herejía naciente entonces de los Ebionitas que afirman que Cristo no existió antes de María por lo que Juan se ve obligado a proclamar su naturaleza divina».

En efecto el gnosticismo había hecho su aparición desde hacia algún tiempo en Asia Menor, cuando San Juan vino a esta-

blecerse en Efeso. Ya San Pablo había debido luchar contra los primeros gérmenes de este error y lo contemplaba con verdadero estremecimiento. Se había desarrollado rápidamente y era necesario atestarle un gran golpe. Basta con leer las siguientes líneas de San Ireneo, para comprender que los pasajes I, 1-18; XIV, 20-31 y otros textos análogos están dirigidos contra la gnosis: «Y Cerinto enseñó en Asia que el mundo no fue creado por Dios sino por un cierto poder muy separado y distante de esa principalidad que está por encima de todas las cosas y desconocedora de aquel Dios que está por encima de todas las cosas. Sostuvo que Jesús no había nacido de una Virgen (pues esto le pareció imposible) sino que había sido hijo de José y de María igual que todos los demás hombres y que había tenido más poder por su justicia, prudencia y sabiduría entre los hombres y que después del bautismo había descendido en él, procedente de aquella principalidad que está sobre todas las cosas Cristo, en figura de paloma y entonces le había anunciado al Padre desconocido y había hecho milagros y finalmente le había revelado de nuevo al Cristo de Jesús y que Jesús había sufrido la pasión y había resucitado, en cambio Cristo había permanecido sin sufrir, al ser puramente espíritu». Pero la tesis de San Juan, Jesús es Cristo, el Hijo de Dios, destruye todas estas absurdas teorías.

Se ha pensado también y no sin razón que San Juan tenía también como objetivo de su polémica indirecta por una parte a los Juanistas como se les ha denominado, y por otra parte a los Docetas. Los primeros eran discípulos del Precursor, que mucho tiempo después de su muerte y después de la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo habían conservado un culto exagerado hacia su maestro, considerándolo incluso como el Mesías. El Libro de los Hechos (XVIII, 14 y 15; XIX, 1 y ss.) nos atestigua la presencia de un cierto número de ellos en Asia en vida de San Pablo. Existían sin duda todavía a finales del siglo primero, y es natural suponer que nuestro evangelista quisiera reconducirlos a la verdad, insistiendo en el papel secundario de Juan Bautista y en los testimonios tan brillantes que el Precursor había dado de Jesucristo. En cuanto a los Docetas, así llamados porque consideraban la encarnación del Verbo como una simple apariencia

(“doceasis”) sin realidad externa, es posible que las siguientes palabras hayan sido dirigidas tácitamente contra ellos: I, 14: “La Palabra se hizo carne”; XIX, 34 y 35; Uno de ellos soldados abrió su costado con su lanza y al punto salió sangre y agua y el que lo vio dio testimonio de ello. XX, 20: «Les mostró las manos y el costado» cf. V, 27. Ved también I Joan. I, 1; IV, 2-3; V, 6.

Sin razón suficiente Aberle de Tubinga atribuye a San Juan la intención directa de atacar el judaísmo, que renacía entonces de sus cenizas en Jamnia.

Mientras que muchos escritores racionalistas, entre otros Credner y Reuss, negaban categóricamente que hubiera podido existir la menor relación entre la composición del cuarto evangelio y las herejías contemporáneas, otros críticos, de diferentes tendencias, han considerado este libro como una obra apologética de carácter universal: no se habría referido, según ellos, a ninguno de los errores de la época, pero los habría alcanzado todos al mismo tiempo describiendo el verdadero cristianismo. Este sentimiento es incompatible con los textos tan formales de la tradición que se han citado más arriba.

3º Además de la tendencia polémica, de la que ellos mismos nos han hablado, los Padres atribuyen también a San Juan el fin de completar las tres narraciones anteriores a la suya. “Juan... viendo que en los evangelios de los otros habían sido recogidas las cosas corporales, animado por sus allegados, e inspirado por el Espíritu Santo, escribió un evangelio espiritual”, dice Clemente de Alejandría². Igualmente San Efren: «Juan hallando que las palabras de aquellos que escribieron sobre la genealogía y la naturaleza humana del Señor habían provocado diversas opiniones, escribió el mismo que era no solo hombre sino desde el principio el Verbo»³. Es igual la opinión de San Epifano: «Lucas hizo el seguimiento de las generaciones desde las últimas a las primeras y afirmó que el Verbo divino había bajado del cielo y al mismo tiempo tocó el misterio de su encarnación, para alejar del error a los hombres ciegos; los herejes no quisieron entenderlo. Por esa razón después el Espíritu Santo empujó a San Juan a escribir el evangelio»⁴. Pero el lenguaje de Eusebio y de San Jerónimo es aún más claro: «Pero dicen que hubo otro motivo para esta

Escritura: Juan, habiendo leído los evangelios de Mateo, de Marcos y de Lucas dio su aprobación al contenido histórico y corroboró su veracidad, pero que habían narrado sólo la historia de un año, en el que sufrió la pasión después de la cárcel de Juan.» Así pues dejando de lado el año cuyos hechos habían sido expuestos por los tres anteriores, contó los hechos de los tiempos previos, antes de que Juan fuera encarcelado»⁵ y Eusebio: «Conocidos ya los tres evangelios primeros por todos y por el propio Juan, Juan aprobó y confirmó su veracidad con su testimonio, pero echó en falta la narración de aquellas cosas que Cristo había hecho en el inicio de su predicación... Así pues solicitado por amigos, se dice que describió en su libro el tiempo silenciado por los anteriores evangelistas y los hechos realizados en ese tiempo por el Salvador, tal como lo indica cuando dice: Este fue el primer milagro que hizo Jesús»⁶.

¿Cómo se ha podido negar un hecho tan bien atestiguado y desde tan antiguo y por otra parte tan verosímil en sí mismo? ¿Cabe la posibilidad de que San Juan no haya conocido los sinópticos?. Conociéndolos ¿es posible que no haya completado su obra?. Repitamos que éste no era más que un fin accesorio, indirecto; pero fue sin embargo una de las intenciones de San Juan. De este modo se explica por qué omite numerosos incidentes, incluso entre los que iban encaminados directamente a su objetivo; por ejemplo la voz del bautismo (Matth. III, 16 y ss.), las confesiones forzadas de los endemoniados (Marc. I, 24; Luc. VII, 28), la Transfiguración (Matth. XVI, 1 y ss.), etc.; estas cosas eran suficientemente conocidas según los relatos anteriores. Se explica también así por qué relata un número tan grande de detalles enteramente nuevos. Aquí y allí, por cierto, aparecen alusiones muy visibles a las narraciones de los sinópticos, en forma de notas rápidas, que serían oscuras para cualquiera que no tuviera los otros evangelios entre las manos. Ved III, 24, para la prisión del Precursor; VI, 70 para la elección de los apóstoles; XVIII, 13, a propósito de Anás, el antiguo pontífice, etc. En fin, la cronología, generalmente tan clara en San Juan, es también uno de los puntos sobre los que parece manifiesto que el cuarto Evangelio completa los precedentes. “Cuatro Pascuas, algunas otras fiestas

del año religioso, claramente indicadas cada una en su lugar, jalonan la ruta del historiador, y asignan su fecha a los acontecimientos principales de la vida del divino Maestro. Todos los sincronismos que se han hecho del evangelio han partido de estos puntos clarificados por San Juan”⁷.

4º En lugar de estos motivos tan elevados, tan sabios y tan legítimos que la tradición otorga a San Juan para la composición de su incomparable obra, los racionalistas sugieren otros extraños.

Según Strauss y el “anónimo Sajón” el autor del cuarto evangelio habría querido hacer una polémica indirecta contra San Pablo y dar el papel de bueno a San Juan. Hemos visto que se debe pensar de esta teoría.

Baur por el contrario hace de nuestro evangelista un pacificador. La Iglesia había estado hasta entonces dividida en dos campos enemigos, el montanismo y el gnosticismo; aunar estos partidos hostiles, llevándolos a admitir uniformemente la teoría del Logos, es la verdadera “tendencia”, que tiende a la conciliación, a la mediación.

Para Hilgenfeld se trataba de poner de nuevo en un lugar preferente el Paulinismo, es decir el liberalismo cristiano y el derribar completamente las doctrinas y prácticas judaizantes.

Y así otros más, porque ¿dónde pararse en un camino tan hermoso? Demostrando la autenticidad del Evangelio según San Juan, hemos refutado de antemano estas diversas teorías; porque suponen todas ellas una composición tardía, entre el año 125 y el 175, y además ¿no se oponen entre ellas, de modo que nos dejan por completo como amos del terreno’.

Notas:

¹ Si Juan escribió: “Otros muchos muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro” (20,30). “Otras muchas cosas hizo también Jesús, las cuales, si se escribieran una por una, creo que este mundo no podría contener los libros” (21,25). ¿No nos está diciendo que lo que guarda en su memoria es mucho más que lo que escribe?. ¿Qué necesidad tenía de utilizar otras fuentes quien no puede agotar la suya? Creemos, pues, que lo mismo San Juan que San Mateo no necesitaron utilizar más fuentes que sus propios recuerdos. Únicamente San

Marcos, como San Lucas debieron informarse por la Santísima Virgen u otra persona sobre los misterios de la infancia del Señor; pero referente a la vida pública del Señor, mi opinión es que no necesitaron otras fuentes que sus memorias. (Nota del editor).

² Eusebio Hist. Eccl. VI, 14.

³ Erngel Concord. espositio, ap. Mæsinger, p. 286.

⁴ Hær LI, 12.

⁵ De Viris Illustribus, c. 9.

⁶ Hist. Eccl. III, 24.

⁷ Baunard. L'apôtre S. Jean, p. 357.

IV.- TIEMPO Y LUGAR DE LA COMPOSICION

I. La cuestión del tiempo es fácil de resolver de una manera general, pero difícil cuando hay que fijar una fecha precisa.

1º La antigüedad entera admite que el evangelio de San Juan apareció después de los sinópticos. "Juan, el último de todos" dice Clemente de Alejandría. "En último lugar viene Juan", leemos en San Efrén. Y hemos visto en el apartado anterior que ésta es también la opinión de San Ireneo (tan importante en todos estos asuntos), de San Epifano, de Eusebio de Cesarea, de San Jerónimo, San Victorino de Pettau y San Epifano añaden que San Juan publicó su evangelio después del Apocalipsis; ahora bien San Victorino sitúa la aparición del Apocalipsis bajo el imperio de Domiciano, como lo hacen San Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría y otros más. Por ello se ve cuánto se equivocó voluntariamente Semler, cuando puso nuestro evangelio en el primer lugar desde el punto de vista temporal.

Un examen atento de la obra confirma perfectamente las afirmaciones de los autores antiguos. En efecto, a cada paso, algún rasgo de detalle nos demuestra que los hechos referidos estaban desde hacía bastante tiempo en el terreno del pasado. Unas veces es la traducción de palabras hebreas muy simples (Rabbi, rabboni, I, 39; XX, 16; Messías, I, 42; IV, 25); otras veces son notas accesorias, de las que se muestra evidente, por una parte que el judaísmo se ha mostrado enteramente rebelde a la gracia y ha perdido sus primeras oportunidades de salvación (cf. I, 11; III,

19, etc.); por otra parte que la nación judía ha perecido como pueblo y que su capital está destruida (el empleo de los imperfectos es notable en los pasajes XI, 18; XVIII, 1; XIX, 41). A propósito de XI, 51-52, Westcott ha dicho con toda razón: "Está fuera de duda que cuando el evangelista escribía estas palabras, leía el cumplimiento de la profecía inconsciente de Caifás en el estado actual de la Iglesia cristiana". En breve, el modo del escritor supone un hombre mayor de profunda experiencia, que, al contar, pone su mirada hacia atrás sobre los acontecimientos que recuerda de maravilla, pero de los que está separado por un largo intervalo.

2º Para determinar el año preciso hay una gran variedad de opiniones. Reithmayr se remonta hasta el año 70, pero equivocadamente, porque se acepta generalmente que el evangelista según San Juan apareció bastante tiempo después del martirio de San Pedro, en consecuencia después del año 67. Como hemos dicho los racionalistas van al otro extremo: Baur y Scholten, entre el 160 y el 170; Volkmar, en el 155; Zeller y Schwegler en el 150; Lützelberger, Hilgenfeld, Thomas del 130 al 140; Keim hacia el 130; Schenkel, Renan del 110 al 115. Nos parece verosímil, y es el sistema que parece aunar la mayoría de las voces entre los exégetas creyentes, que el cuarto evangelio vio el día en los últimos años del siglo primero. Incluso aceptamos con gusto el imperio de Nerva (96-98), de acuerdo con la siguiente cita que es antigua, aunque falsamente atribuida a San Agustín: «Entre los mismos escritores de los evangelios sobresalen en la profundidad de los divinos misterios, Juan que predicó la palabra de Dios desde el tiempo de la ascensión del Señor durante sesenta y cinco años sin ayuda de la escritura hasta los últimos tiempos de Domiciano. Pero tras la muerte de Domiciano, habiendo regresado a Efeso del exilio por autorización de Nerva, empujado por los obispos de Asia, escribió contra los herejes acerca de la divinidad de Cristo eterna junto al Padre».

II. Respecto a la cuestión del lugar, los Padres más autorizados, entre otros San Ireneo, San Polícrates, Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea, San Jerónimo, se declaran a favor de Efeso. Ya hemos citado sus textos; baste repe-

tir las palabras de San Ireneo: “Juan, el discípulo del Señor, el que había reposado sobre su pecho, publicó a su vez el evangelio, mientras vivía en Efeso en Asia”.

Sin embargo el falso Hipólito, el sobreescrito de la versión siríaca y más tarde Suidas, Teofilacto, Eutimio, han considerado la isla de Patmos como la cuna del cuarto evangelio. Pero este sentimiento proviene sin duda de una confusión con el Apocalipsis; en todos los casos, no podría prevalecer frente al testimonio tan grave de San Ireneo. El “Cronicon pascual” asegura que el manuscrito original de San Juan estuvo conservado largo tiempo en Efeso, donde se le rendía gran veneración¹.

La Sinopsis falsamente atribuida a San Atanasio asocia las dos opiniones: según ella el evangelio habría sido, escrito en Patmos, pero publicado solamente en Efeso. Hug y Patrizi han aceptado esta hipótesis sin razón suficiente.

Nota:

¹ Edit. Dindorf. Bonn, 1832 p. 11.

V.- EL CARÁCTER DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Es éste también un asunto extremadamente rico e interesante “que podría ser desarrollado casi infinitamente”. Pero debemos atenernos a una árida nomenclatura.

“No hay seguramente nadie, dice Tholuck, en la introducción de su comentario, que lea el evangelio de San Juan sin recibir la impresión de que fluye en él un espíritu que no se encuentra en ningún otro libro”. Ewald tan dotado pues para apreciar las bellas obras literarias resume en esta simple línea lo que pensaba del cuarto evangelio: “¡Es un escrito tan maravillosamente perfecto!”. Las palabras de Claudius son célebres: “Desde mi infancia, yo he leído con gusto la Biblia; pero sobre todo leo con el máximo encanto a San Juan. Hay en él algo tan admirable, tan elevado, tan suave, que uno no puede saciarse. Me parece siempre, cuando lo leo, que lo veo en la última cena, apoyado sobre el pecho de su Maestro y que su ángel me sostiene la luz”.

Lange nos da, en unas cuantas palabras, casi una crestomatía completa: “El cuarto evangelio ha sido a la vez muy alabado y vivamente atacado, como el evangelio mismo de Jesús. Es el evangelio espiritual, ha dicho Clemente de Alejandría; es una mezcla de paganismo, de judaísmo y de cristianismo, responde Evanson. Es el primero de los evangelios, un libro único y perfecto, ha dicho Lutero; es un producto sin valor y sin utilidad para nuestro tiempo, responde el luterano Vogel. Es el corazón de Cristo, ha dicho Ernesti; es un escrito místico embrollado, una disolución, una nebulosa, han respondido otros autores. Es el menos autorizado de los evangelios, una obra decididamente bastarda, mezcla de escepticismo, han exclamado los racionalistas contemporáneos, mientras que, desde la época de San Ireneo, queda para todos los hijos del Espíritu Santo como la corona de los evangelios apostólicos.

Verdadero evangelio de oro, que recientemente se acaba de reimprimir en Inglaterra en letras de oro a la manera de la Edad Media.

Pero tratemos de precisar más el carácter del evangelio según San Juan, entrando en algunos detalles y considerándolo en sus principales aspectos.

1º Tal como se ha dicho más arriba, es primeramente por excelencia el evangelio del Hijo de Dios: apelación que reproduce hasta treinta veces. Por ello mismo es un evangelio metafísico, el evangelio del teólogo, el evangelio de la idea. ¡Todo en él es tan profundo, tan pleno, tan sublime, tan resplandeciente, sin descuidar sin embargo el elemento simple y popular!. Un rápido vistazo sobre los capítulos I, III, V, VI, VII, VIII, X, XIV, XV, XVI Y XVII basta para recordar todo lo que contienen de grandeza teológica. “¡Qué montaña, -exclamaba San Agustín-, que elevación la de este genio!. Mirad a Juan que sobrepasa todas las cimas terrestres, todos los espacios etéreos, toda la región de los astros y de los mismos coros celestiales y la legión de los ángeles ¿qué le habláis del cielo y de la tierra?. No son más que criaturas ¿qué habláis de lo que el cielo y la tierra encierran?. Criaturas también. Incluso ¿qué hacen aquí los seres espirituales? Estos seres son la obra de Dios y no es Dios mismo”.

2º Es el evangelio del corazón, compuesto, como se ve fácilmente, por el discípulo predilecto, que sabía devolver amor por amor. La palabra “amar” está empleada más de cuarenta veces, todo en él está marcado con el sello del amor celestial. De ahí estas líneas de Orígenes: “El evangelio de San Juan es como la flor de los evangelios. Sólo podía entrar en esta profundidad aquel cuya cabeza reposó sobre el pecho de Jesús y a quien Jesús dio a María como madre. Este amigo tan íntimo de Jesús y de María, este discípulo tratado por el Maestro como su otro yo, era el único capacitado para los pensamientos y sentimientos resumidos en este libro”. No nos extrañemos al leerlo, si nos habla tan directamente al corazón, si respira tanta suavidad, si nos llena de alegría y de paz, como la conversación de un amigo tiernamente amado.

3º Es el evangelio del testigo ocular, y esto todavía lo caracteriza de una manera especial.

San Mateo había tenido también como San Juan la felicidad de contemplarlo todo con sus ojos; pero nos lo ha mostrado poco en su narración. Hemos visto por el contrario qué sello íntimo y subjetivo comunica esta misma circunstancia al cuarto evangelio. No sólo la historia que cuenta San Juan se presenta por así decirlo completamente viva ante sus recuerdos; sino que se percibe inmediatamente que ha invadido, ha penetrado su alma entera, que se ha convertido en su propia vida. De ahí el frecuente empleo de los verbos “contemplar”, “ver”, “haber visto”. De ahí esos trazos dramáticos que se encuentran en todo momento; por ejemplo: I, 4, 9, 11, 13, 18, 19, 20, 21, etc. Ved dónde comienza para él la vida de Jesucristo sobre la tierra: en el momento en que él entró personalmente en contacto con el divino Maestro. cf. I, 19-51.

4º Es más que la obra de los sinópticos, un evangelio fragmentario. Por todas partes abundan las lagunas; después de la exposición muy detallada de un hecho, de repente se abre un gran vacío, el relato se rompe casi tantas veces como pasos da hacia delante. Como en el evangelio según San Marcos nada sobre la infancia y la vida oculta de Jesús; al final, nada sobre la Ascensión. Si, como pensamos las palabras “día de fiesta de los

Judíos” se refieren a la Pascua, los capítulos II-V resumirán dos años enteros. En realidad, de los tres años y medio que duró la vida pública del Salvador, el relato de San Juan no alcanza más que treinta días distintos. Por lo demás, él toma buen cuidado, mediante fórmulas genéricas que reaparecen de cuando en cuando, en advertirnos que sorprendentemente abrevia o más bien suprime periodos enteros. Cf. II, 23; III, 2; IV, 43; VI, 2; VII, 1; XX, 30; XXI, 25, etc.

5° Y sin embargo es el evangelio de la perfecta unidad. Ha sido verdaderamente de un solo golpe. Para dividir los relatos de los sinópticos hay que recurrir a planos ficticios; aquí el diseño está muy acusado y constantemente seguido. Las fiestas judías jalonan la ruta. Los discursos están relacionados con los milagros, de los que proporcionan un brillante comentario; lejos de retrasar la marcha la favorecen, porque son como el diálogo de este gran drama y acentúan su movimiento. En torno a la persona divina de Nuestro Señor Jesucristo se agrupan admirablemente todos los detalles: he aquí el verdadero centro de unidad.

6° Añadamos todavía: Evangelio de doble progreso; a pesar de Keim, que ha pretendido no hallar en la obra de San Juan más que “una monotonía de plomo”. Hay el progreso de la fe y de la incredulidad; o lo que viene a ser lo mismo, el progreso del amor y el progreso del odio. Esta gradación aparece desde el prólogo y se continúa a través de todas las páginas hasta la conclusión del evangelio. Algunas indicaciones bastarán para ponerla de relieve. En primer lugar “San Juan ha visto mejor que ningún otro el misterio del odio bajo el cual sucumbió su Maestro. No dice sólo, como los sinópticos, la ultima explosión. Percibe sus primeros gérmenes ¡con qué intuición! sigue sus terribles desarrollos ¡con qué luz! predice, pinta su desenlace fatal”. He aquí, en el primer capítulo, el Sanedrín que mira con desconfianza el ministerio de Juan Bautista; en el capítulo II, Jesús mismo, después de su golpe de fuerza en el templo, se convierte en objeto de la malevolencia de las jerarquías; el comienzo del capítulo IV nos muestra a los Fariseos abiertamente envidiosos de su influencia; en el quinto su odio estalla; en el séptimo los Judíos hacen una gestión oficial y directa para apoderarse de su persona; en el octavo,

intentan lapidarlo; en el noveno, excomulgan a sus seguidores; en el décimo, nuevo intento de darle muerte; en el décimo primero, a consecuencia de la resurrección de Lázaro, el Sanedrín decreta darle muerte; la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén trae consigo el desenlace. La fe y el amor siguen una marcha ascendente idéntica no menos fácil de constatar, ya sea de manera general para la masa de seguidores del Salvador, ya sea en particular en el grupo de discípulos íntimos e incluso en las individualidades. Hemos señalado a este respecto los pasajes siguientes: I, 12, 41, 45, 49; II, 11, 22; III, 2, 23; IV, 4, 39, 41, 42, 53; VI, 14, 69; VII, 31; VIII, 30; IX, 17; X, 42; XI, 27, 45; XII, 11, 42; XVI, 30; XIX, 38, 39; XX, 8, 28, etc.

7º Más especialmente aún es el Evangelio espiritual. El autor mismo es completamente celestial, ideal, transfigurado; lo mismo su obra: participa enteramente de sus hermosos títulos de águila, de ángel y de virgen. «En los cuatro evangelios o más bien en los cuatro libros de un solo evangelio, el apóstol San Juan, comparado no sin razón a un águila por su inteligencia espiritual elevó su predicación mucho más alto y más sublime que los otros tres y en esta elevación suya quiso también elevar nuestros corazones».

“El evangelista era virgen, escribía por su parte San Ambrosio, y no me extraña que, mejor que todos los demás, haya podido expresar los misterios divinos, aquel ante quien había abierto así el santuario de los secretos celestiales”. “La mano de un ángel lo ha escrito” decía Herder siguiendo a San Agustín.

Evangelio espiritual: el epíteto es de Clemente de Alejandría y ha parecido tan justo, tan característico, que no se ha dejado de repetir desde entonces para darle su importancia. Contiene el más breve, pero también el más hermoso elogio del cuarto evangelio. Tratemos a nuestra vez de desarrollarlo.

1. “Los otros evangelios contenían sobre todo los aspectos físicos de Jesucristo”, dice Clemente de Alejandría en el mismo pasaje, para explicar su pensamiento. Eran pues sobre todo biografías externas, que consideraban a nuestro Señor Jesucristo más bien en el exterior. Con San Juan, descendemos a lo más profundo del alma del Hombre-Dios; estudiamos a Cristo en su natura-

leza más íntima". El elemento celestial que forma el trasfondo de los tres primeros relatos evangélicos es la atmósfera habitual del cuarto evangelio".

2. Aquí los discursos, las palabras se extienden más ampliamente que los hechos; y estas palabras son de una elevación, de un sublime que no es igualado más que en raras ocasiones en los evangelios sinópticos. Cuanto más se leen, más se descubren sus riquezas. Cada palabra suscita en el alma armonías divinas que retumban vivamente, suavemente. Sin duda, a primera vista tienen no sé qué de abstracto, de sentencioso, que hace más difícil su comprensión: pero ¡cuánto son recompensados el espíritu y el corazón, cuando, mediante la reflexión, se abre un camino en medio de estas profundidades!. Evidentemente, son a menudo simples resúmenes; se ve en la conversación de Jesús con Nicodemo (cap. III) que bajo su forma actual, habría durado apenas tres minutos. Pero estos resúmenes son fieles: contienen verdaderamente el jugo y la médula de los pensamientos del Salvador, e incluso sus expresiones principales. ¡Era pues muy difícil para San Juan conservar en su alma profunda algunos discursos notables en el fondo y la forma, pronunciados por su Maestro tan amado y sobre los cuales sus meditaciones o sus predicaciones lo llevaba sin cesar!. Dejemos pues a los racionalistas escandalizarse y decir, por ejemplo, con M. Renan: "Son piezas de teología y de retórica, sin ninguna analogía con los discursos de Jesús en los sinópticos y a los que hay que atribuir una realidad histórica similar a los discursos que Platón pone en la boca de su maestro en el momento de morir". La perfecta oportunidad que reina por todas partes, los admirables matices que reviste la palabra de Jesús según el carácter de sus interlocutores, estos pequeños rasgos históricos mezclados aquí y allá con los discursos, todo esto prueba la autenticidad. Por cierto, también aquí nuestros adversarios toman cuidado de refutarse los unos a los otros. Así, M. Reuss no admite que los discursos de Jesús según San Juan "hayan sido inventados en cuanto a su contenido más profundo"; y según Keim, se encuentran en el cuarto evangelio "palabras profundas de Jesús, una lengua revestida de las más ricas imágenes; al lado de esto, una precisión dialéctica magistral

y testimonios de Jesús unas veces tiernos, otras espirituales, otras elevados, sublimes”.

3. Evangelio espiritual por su aspecto místico y simbólico. Se ve que el escritor sagrado “no fija jamás su mirada en los incidentes exteriores en tanto que incidentes exteriores, sino que tiene siempre en su mente su significación para la historia de la salvación”. También de su alma contemplativa se escapan frecuentemente interesantes observaciones, de este tipo: “Siloe, que quiere decir «envidiado»”, IX, 7; “(Caifás) no dijo esto de sí mismo; sino que como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo”, XI, 51; “(Judas) tomando el bocado, se salió luego; era de noche”, XIII, 30; etc. Para San Juan los mismos milagros son “signos”, prefiguraciones. El es el único que nos ha conservado las emotivas alegorías de aprisco, del Buen Pastor, y de la viña.

4. Los personajes, poco numerosos pero tan variados, que se mueven en los relatos de San Juan participan igualmente en este carácter espiritual. Aunque perfectamente verdaderos y reales, tienen todos un toque ideal, una misteriosa transparencia que recuerdan los frescos de Flandrin en San Vicente de Paul en París y en San Pablo en Nimes. Sería un objeto de estudio de los más interesantes. Contemplad a María, la madre de Nuestro Señor Jesucristo, el discípulo predilecto, San Juan Bautista, San Pedro, San Andrés, San Felipe, San Natanael, Nicodemo, la Samaritana, el ciego de nacimiento, Lázaro, Marta y María, Santo Tomás, en otro sentido, Judas, Caifás, Pilatos: ¡qué retratos exquisitos! Y sin embargo, a veces apenas se pronunciasen dos palabras, apenas se señala un gesto. Lo mismo sucede con los grupos, amigos u hostiles (los hermanos de Jesús, el pueblo, los sacerdotes, los Fariseos, los discípulos), que el evangelista introduce a menudo en su narración: todo está trazado idealmente, aunque con la más perfecta semejanza.

5. Finalmente, la figura divina del Salvador se refleja ella misma en el cuarto evangelio “como en el agua más pura”, sirviendo de centro a todos los demás. Se destaca cada vez más, a medida que se avanza en el relato; cada palabra y cada rastro la revela, tan hermosa, tan amorosa, tan “espiritual” por todas partes.

INTRODUCCION GENERAL A LOS EVANGELIOS

I. NUMERO DE EVANGELIOS

1º En realidad y en rigor no hay más que un solo evangelio del mismo modo que no hay más que una sola buena nueva.

A los Padres les gustaba insistir en esta idea rica y profunda.

“Cristo, dice san Ireneo, nos ha dado un evangelio bajo cuatro formas”(el evangelio en cuatro formas). Orígenes afirma que “el evangelio es único en verdad, aunque provenga de cuatro escritores”. Igualmente el falso Orígenes:

“Los evangelistas son cuatro, pero el evangelio es uno”. Después de haber escrito: “In quattuor evangeliis”, S. Agustín experimenta un cierto escrúpulo y continúa: “Vel potius quattuor libris unius evangelii”(“O más bien los cuatro libros de un solo evangelio”) El venerable Beda expresa graciosamente el mismo pensamiento: “Los evangelistas, aun siendo cuatro, compusieron más que cuatro evangelios uno solo en una hermosísima y cuádruple variedad”.

2º Pero los textos precedentes lo muestran ya con claridad, cuando no se piensa más que en ceñirse al rigor teológico, y determinar el número exacto de evangelios aceptados por la Iglesia como canónicos e inspirados; se dice que son cuatro los compuestos bajo inspiración divina, por S. Mateo, S. Marco, S. Lucas y S. Juan.

“Nec plura nec pauciora” (ni muchos ni pocos), tal como lo decretaron los concilios, apoyándose sobre una tradición unánime, que se remonta a la más alta antigüedad.

Las citas podrían ser incontables. No haremos más que un pequeño número, y nos detendremos al final del segundo siglo, porque sería superfluo descender más.

1. Testimonio de los Padres. Coloquemos de nuevo a la cabeza al glorioso S. Ireneo, que por un lado por su origen como discípulo de S. Policarpo, que había sido discípulo de S. Juan, y por otro lado por el escenario de su apostolado, resume las tradiciones de oriente y occidente: “Tan grande es esta seguridad respecto a los evangelios, que incluso los propios herejes dan testimonio de ellos y a partir de ellos cada uno intenta confirmar su doctrina. Los Ebionitas sirviéndose únicamente del evangelio según S. Mateo, por él se confirman en no aceptar la divinidad de Cristo. Marción usando el de S. Lucas, en lo que de él se conserva, se muestra blasfemo contra el Dios único. Los que separan a Jesús de Cristo y dicen que Cristo permaneció sin sufrir la pasión mientras que Jesús fue quien la sufrió, dando preferencia al evangelio de S. Marcos, leyendo con amor a la verdad pueden ser corregidos. Los que son seguidores de Valentín, empleando muy ampliamente el evangelio de Juan para la demostración de sus “parejas místicas”, se descubre mediante este mismo evangelio que es manifiesto su error. Por consiguiente, cuando los que nos contradicen nos dan testimonio de los evangelios y se sirven de ellos, es verdadera y firme nuestra demostración”.

Orígenes, Clemente de Alejandría y Tertuliano son los garantes más autorizados de las tradiciones de la Iglesia de Africa. “La Iglesia tiene cuatro evangelios, dice Orígenes, los herejes muchísimos”. Y en otra parte:

“Sólomente hay cuatro evangelios ciertos, de donde parten los profundos dogmas bajo la persona de nuestro Señor y Salvador. Conozco cierto evangelio, que se llama según Tomás y según Matías, y se leen otros muchos. Pero de todos estos no aprobamos ningún otro, salvo lo que la Iglesia admite, es decir sólo los cuatro evangelios”.

Antes de Orígenes, y apoyándose de manera muy expresa sobre los que le habían precedido a él mismo (“una tradición que había recibido de prebiteros más antiguos”), Clemente de Alejandría reconocía nuestros cuatro evangelios y nada más¹. Tertuliano es no menos preciso que Orígenes: “Establecemos en primer lugar que los evangelios tienen como autores a los apóstoles a quienes les fue asignado por el propio Señor esta tarea de

promulgar el evangelio; y si la realizaron también los apostólicos, sin embargo no estuvieron solos, sino con los apóstoles y detrás de los apóstoles; puesto que la predicación de los discípulos puede considerarse realizada por afán de gloria, si no les asiste la autoridad de los maestros y del mismo Cristo que hizo a los apóstoles maestros. Finalmente de entre los apóstoles Juan y Mateo nos inician en la fe; de entre los apostólicos Lucas y Marcos la confirman”².

Por lo tanto nuestros cuatro evangelios canónicos y nada más.

2. Testimonio de las antiguas traducciones. Queremos hablar sobre todo de la versión itálica y de la versión griega, que datan por lo menos de la segunda mitad del siglo segundo, y que contienen nuestros cuatro evangelios bajo su forma actual.

La armonía evangélica de Tatiano, que se remonta a la misma época, y cuyo tejido ha sido visiblemente formado por los textos de los evangelios canónicos, nos proporciona una prueba idéntica. Su solo nombre es una demostración; pues había sido titulado: el Dia-tessaron, (combinado a partir de los cuatro). Por tanto desde estos tiempos antiguos se admitían cuatro evangelios; ni más ni menos de cuatro. Hecho tanto más notable cuanto que hubo desde el origen del cristianismo, S. Lucas lo afirma en sus propios términos, multiples esfuerzos por componer vidas abreviadas de Nuestro Señor Jesucristo. Pero nada nos ha quedado de todo esto: los Evangelios canónicos son los únicos que han sobrevivido. Si hubo al lado de éstos los evangelios apócrifos, de los que hablaremos más adelante, la diferencia siempre estuvo claramente marcada, y la Iglesia desde temprano im-pidió todo error.

3. ¿Por qué precisamente este número de cuatro? En los tiempos antiguos se solían buscar razones místicas y no será sin interés el relatar las afirmaciones de los Padres al respecto, porque añadiremos así una nueva fuerza a los argumentos que preceden.

S. Ireneo fue uno de los primeros en lanzar sobre esta cuestión su inteligente mirada: “Los evangelios no son ni muchos ni pocos en número. Pues cuatro son las regiones del mundo en el que estamos, y cuatro los principales vientos y la Iglesia está

extendida por toda la tierra y la columna y la base de la Iglesia es el Evangelio y el Espíritu de la Vida; y por lo tanto esa Iglesia tiene cuatro columnas que soplan por todas partes la incorruptibilidad y que vivifican a hombre”³.

S. Cipriano y otros detrás de él establecen una relación entre los cuatro ríos del paraíso terrestre, que manan de una misma fuente, y el único evangelio bajo cuatro formas.

S. Agustín retorna al pensamiento de S. Ireneo. “Esos cuatro evangelios conocidísimos por todo el orbe de la tierra, por esta razón quizá son cuatro: porque cuatro son las regiones del orbe de la tierra y han mostrado con el propios significado del número que la Iglesia de Cristo se extiende universalmente”⁴.

Estas combinaciones, más o menos ingeniosas, muestran al menos que desde lo más antiguo, se ceñían a los cuatro evangelios canónicos.

Notas:

¹ Strom, III, 13.

² Contr. Marc. IV, 2,5.

³ Cònt. Herej. III, 11,8.

⁴ De cons. Evang. I, 2.

II. ORDEN Y SUCESION DE LOS EVANGELIOS EN EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO

1º El orden actual es ciertamente el más antiguo y ofrece las mayores garantías. Es el de S. Ireneo, Orígenes, el fragmento de Muratori, todas las versiones antiguas, y todos los catálogos que mencionan la serie de los libros del Nuevo Testamento. Existía pues desde el segundo siglo.

Su razón de ser no es otra que la aparición cronológica de los cuatro evangelios: el de S. Mateo, hacia el año 45; el de S. Marcos, hacia el año 50; el de S. Lucas, hacia el año 60; y el de S. Juan un poco antes del año 100:

Orígenes lo dice formalmente: “Mateo hizo sonar el primero la trompeta sacerdotal en su evangelio; también Marcos,

Lucas y Juan cantaron cada uno con su trompeta sacerdotal". En el mismo sentido Eusebio de Cesarea, S. Agustín, etc.

2º A veces pero más raramente, se ordenaba los cuatro evangelios de acuerdo con otro principio, el de la dignidad. Entonces los dos evangelistas apóstoles, se sitúan delante de los otros; lo que produce el siguiente orden: S. Mateo, S. Juan, S. Marcos y S. Lucas. También sucede que S. Juan se sitúa delante de S. Mateo, y S. Lucas delante de S. Marcos; por ejemplo en este pasaje de Tertuliano: "De los apóstoles nos inician en la fe Juan y Mateo, de los apostólicos Lucas y Marcos la consolidan" (Contra Marción, IV, 2).

III. LAS REPRESENTACIONES SIMBOLICAS Y ARTISTICAS DE LOS CUATRO EVANGELISTAS

1º Desde muy pronto, desde el siglo segundo, se pensó en comparar los cuatro evangelios con el célebre carro de la visión de Ezequiel, I, 5 y ss., a la vez único y cuádruple o a los cuatro animales del Apocalipsis, IV, 610, cuya descripción se apoya sobre esta misma visión.

Sin embargo ha habido variantes bastante notables en la aplicación, porque se han admitido alternativamente tres sistemas principales.

El primer sistema es el de S. Ireneo, según el cual S. Mateo está representado por el hombre, S. Marcos por el águila, S. Lucas por el toro, y S. Juan por el león.

El segundo sistema es el de S. Agustín, adoptado a continuación por el venerable Beda. El gran obispo de Hipona lo opone directamente al de S. Ireneo. "De los que han entendido que aquellos cuatro animales del Apocalipsis han de entenderse como los cuatro evangelistas, me parece que están más en lo cierto los que han interpretado el león en Mateo, el hombre en Marcos, el toro en Lucas y el águila en Juan que aquellos otros que atribuyeron el hombre a Mateo, el águila a Marcos y el león a Juan".

El tercer sistema, cuyos principales partidarios entre los Padres son S. Ambrosio, S. Jerónimo y S. Gregorio Magno no tardó en sustituir a los otros dos y se convirtió en el tradicional en

la Iglesia latina. He aquí en qué términos es expuesto por S. Jerónimo, que a la explicación añade también los motivos que determinaron su elección. "El libro de Ezequiel muestra que estos cuatro evangelios habían sido anunciados mucho antes. En él se refiere así esta primera visión: "Y en medio como una imagen de cuatro animales, y el rostro de ellos la cara de un hombre, la cara de un león, la cara de un toro y la cara de un águila. La primera cara de un hombre significa a Mateo, que comenzó a escribir como del hombre: "Libro de la genealogía de Jesucristo". La segunda Marcos en el que se oye la voz del león que ruge en el desierto: "La voz del que clama en el desierto. Preparad el camino del Señor". La tercera de un toro que significa al evangelista Lucas que comenzó a partir del sacerdote Zacarías. La cuarta el evangelista Juan que tomando las alas de un águila y elevándose a las alturas trata sobre el Verbo de Dios".

2º El arte cristiano no dejó de utilizar estos símbolos para representar a los cuatro evangelistas. Aparecen por vez primera en el mosaico de Santa Pudentiana, que data, según de Rossi y Garucci, de los últimos años del siglo IV. Cristo rodeado de los apóstoles está sentado sobre un trono en la parte inferior del mosaico; en lo alto se ven las figuras aladas del hombre, el león, el toro y el águila. Los mosaicos de santa Sabina y santa María Mayor reproducen los mismos tipos. Otros mosaicos un poco más recientes, sobre todo los de S. Pablo extramuros (del 440 al 461) modifican ligeramente la representación, añadiendo a cada animal una aureola y un libro cerrado: costumbre que se perpetuó sobre los marfiles, las cruces pectorales, las monedas, las miniaturas en la antigüedad y en la edad media.

Más tarde a los cuatro símbolos se añadió cuatro personajes con aureola, unas veces de pie, y sosteniendo en la mano un libro cerrado (muy raramente abierto); otras veces sentados, y escribiendo, o bien teniendo simplemente al lado de ellos una mesita provista de todo lo necesario para escribir.

Rohault de Fleury, en su bella obra "El Evangelio. Estudios iconográficos y arqueológicos", reproduce en la portada del tomo I, según un grabado conservado en la Biblioteca del Arsenal, un mapa de los viajes de Nuestro Señor Jesucristo, sobre